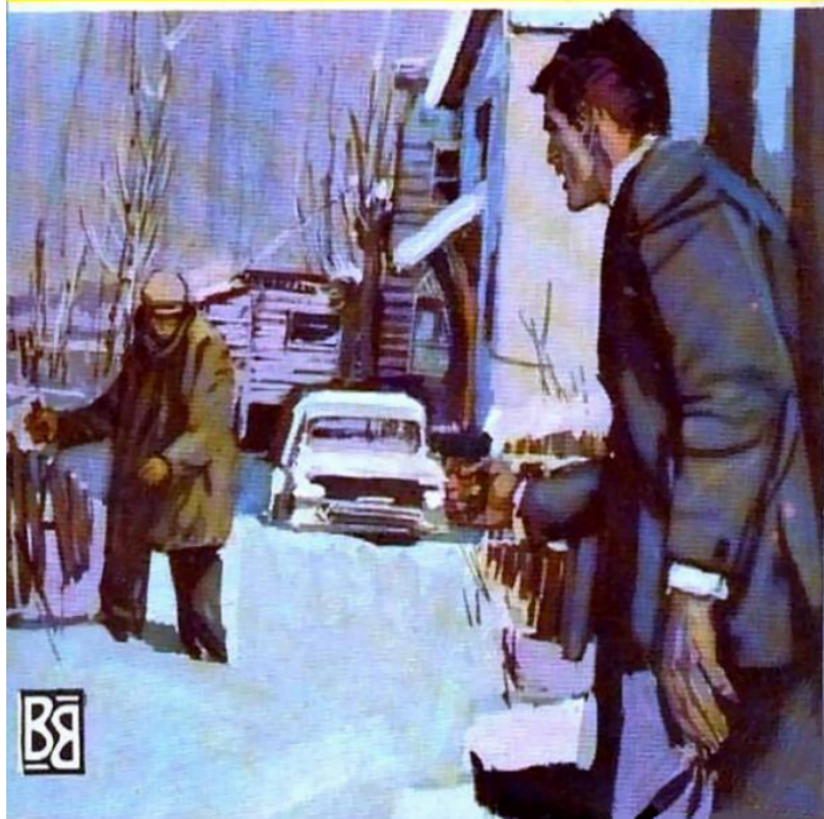


PUNTO
ROJO

contratos de asesinato

Frank McFair



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



FRANCK McFAIR

CONTRATOS DE ASESINATO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 277
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 13.678 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: agosto 1967

© FRANCK McFAIR - 1967

sobre el texto literario

© DESILO - 1967

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

UNO

El agente principal Collins fue quien recibió la llamada telefónica.

—¿Quién pregunta por mí? —interrogó.

—Ha dicho que sólo quiere hablar con usted, sin dar su nombre, señor —dijo la telefonista—. Con usted, personalmente.

—Está bien, póngale.

Cogió una clavija adaptada a su teléfono y la conectó con el aparato grabador. Éste se puso en marcha.

—El agente principal Collins al habla.

—Míster Collins. Mi nombre es Smith y soy abogado. Quisiera hablar con usted.

—Muy bien, puede venir a mi despacho.

—No deseo hacerlo, míster Collins. Preferiría... verlo en otra parte.

—¿De qué asunto se trata?

—Preferiría no citarlo por teléfono, míster Collins.

—¿Ha dicho que se llama usted Smith?

—Sí.

—¿Es importante el asunto?

—Mucho.

—Está bien. ¿Dónde podemos vernos?

—¿Le parecería bien a la hora de almorzar en *Maximo's*? Es un hotel restaurante en...

—Sé dónde está *Maximo's*. ¿A las doce?

—Si le parece bien, por mí, perfecto.

—De acuerdo. Hasta las doce, pues.

Colgaron. Collins lo hizo también. Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, de pelo oscuro. Desconectó la máquina grabadora y llamó a su ayudante el agente Bellairs.

—Bellairs, mire en el listín de teléfonos y en nuestra guía

especial si hay algún abogado llamado Smith.

—¿Smith, nada más?

—Nada más.

Bellairs volvió poco después.

—Veinticinco.

—Me lo figuraba. Quizá ni se llame Smith y ni siquiera sea abogado. Bien, Bellairs, escuche. A las doce voy a ir a *Maximo's*, en la carretera de Tuskalosa. Iré solo, pero usted me seguirá en un coche, con otro agente. Si cuando yo salga de *Maximo's*, pasada... digamos una hora, o puede que menos, enciendo un cigarrillo con la mano izquierda, sigan ustedes al hombre que salga tras de mí. ¿Entendido?

—Sí, señor.

A las doce, Collins cogió su coche y guió hasta salir del embotellamiento de la ciudad. La carretera de Tuskalosa se presentaba ante sus ojos como una cinta brillante. Había llovido un poco y el frío era tan intenso que tenía que conducir despacio porque aquella poca agua estaba helándose.

Maximo's era un sitio de lujo, reservado casi exclusivamente para hombres de negocios que pasaban allí sus fines de semana, en muchas ocasiones acompañados de mujeres que no eran sus esposas, precisamente.

Se hallaba en un desvío de la carretera general, en un lugar arbolado, y disponía de piscina propia y un pequeño campo de golf.

Paró el coche y entró en el salón del hotel. Un botones le salió al paso.

—Un caballero le espera, señor. ¿Es usted míster Collins?

—Sí.

—Por aquí.

Lo condujo no al salón principal, sino a uno apartado y en el que sólo había tres mesas. Dos estaban vacías. En la tercera había un hombre de mediana edad, con lentes de concha, que se puso en pie al entrar Collins.

—¿Míster Smith?

—Sí. Siéntese, por favor.

Collins lo hizo examinando al otro atentamente. Parecía un poco nervioso.

—Bien, míster Smith, ¿qué es lo que quiere de mí?

Hizo una pausa ligerísima.

—¿O es al

F. B. I.,

a quien quiere hablar?

—Al agente principal Collins, de la Delegación del

F. B. I.

—respondió el otro minuciosamente.

—Y... ¿está seguro de llamarse Smith?

El otro sonrió.

—Puedo asegurarle que no me llamo Smith, naturalmente, pero no quería dar mi verdadero nombre por teléfono.

—Está bien, hable.

—En primer lugar... ¿Un vermut?

—Sí.

Smith dio una palmada y un camarero trajo lo pedido. Luego, Smith mientras sacaba cuidadosamente la cebollita de su copa, dijo:

—Me llamo Hollander, y soy abogado.

—Muy bien, míster Hollander. Eso ya va estando un poco más claro. ¿Puede usted identificarse? Quiero saber que estoy efectivamente con míster Hollander.

—Puedo.

Sacó el permiso de conducir y la tarjeta de seguridad social y se las mostró.

—De acuerdo, míster Hollander. Y ahora...

—¿Comemos primero?

—Podemos hablar mientras comemos, si le parece bien.

—Por mí...

El camarero comenzó a servirles una comida que Hollander debía haber encargado con anticipación a la llegada de Collins, mientras servían el pescado, el abogado levantó los ojos hacia su invitado:

—Se está usted preguntando la razón de que lo haya citado aquí.

—Sí, en efecto.

—Lo he hecho porque...

Una pausa, un tanto dramática.

—Lo he hecho porque no quería que nadie supiera que he estado hablando con usted.

—¿Por qué?

—Hay razones importantes, míster Collins. Muy poderosas.

—Y que estoy esperando que me explique, no lo olvide.

—Míster Collins, Valenti desea entregarse a ustedes.

—¿Valenti?

—Sí.

—¿Louis Valenti?

—Sí. Y me ha encargado a mí que negocie con ustedes su entrega.

Collins terminó de beber un vaso de agua mineral. Su cara no había cambiado de expresión, pero sus pensamientos estaban bullendo como una tetera puesta al fuego.

Louis Valenti... Louis Valenti quería entregarse al

F. B. I.

—¿No... me pregunta por qué, míster Collins?

—Todavía, no.

—¿Le extraña que quiera entregarse?

—Sí. Mucho. ¿Es usted su abogado personal, Hollander?

—No. Tiene otros abogados, pero me ha encargado a mí que me ocupe de este asunto. Y es lo que estoy haciendo, míster Collins.

—Bien, continúe.

—Naturalmente...

—¿Sí, Hollander?

—Como es lógico. Valenti necesita ciertas seguridades.

—¿Qué cree que le vamos a proporcionar nosotros?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque de lo contrario, no se entregará a ustedes.

—No me ha entendido, Hollander. Lo que necesito saber es por qué Valenti quiere entregarse a nosotros.

Hollander se encogió de hombros.

—Quiere hablar con ustedes, eso es todo. ¿Le interesa, míster Collins?

—Pudiera ser. ¿Qué seguridades necesita Valenti?

—Las de que... bueno, creo que puedo hablar claramente. Las de que no va a ser acusado de otras actividades que aquéllas de las que él mismo se declare culpable.

—¿Qué son?

—Eso lo decidirán usted y él en una conversación privada. Por el

momento sólo me ha facultado para pedirle esta seguridad: ¿Si se entrega sería acusado de otras actividades que aquéllas por las que se declarase culpable?

—No puedo darle esa respuesta ahora mismo, míster Hollander.

—¿Cuándo podrá?

—Tal vez dentro de... cuatro días.

—Ha de ser menos tiempo, míster Collins. Digamos... dos días.

—¿Por qué esa prisa?

—Es deseo de mi cliente.

—Está bien. ¿Cómo podré ponerme en comunicación con usted?

—Por medio de un aviso en la sección de anuncios clasificados del «Clarion». El anuncio diría textualmente: «Tex, vuelve a casa. Tu esposa te perdona».

—Está bien. ¿Algo más?

—Nada más que eso.

—Perfectamente. Tendrá usted la contestación dentro de dos días como ha dicho.

—En ese caso podemos terminar de comer.

Lo hicieron en casi completo silencio. Cuando terminaron, Hollander pagó la cuenta y se puso en pie.

—Míster Collins, ¿se ha hecho usted acompañar por alguno de sus agentes?

Collins sonrió.

—No.

—Está bien. Si quiere usted, por favor salir el primero...

—¿Cómo no?

Hollander le tendió la mano. Collins se la estrechó y salió del hotel. Encendió un cigarrillo con la mano izquierda, se dirigió a su coche y subió a él.

Se entretuvo unos instantes antes de ponerlo en marcha, pero cuando lo hizo, Hollander no había salido aún.

Tomó la carretera secundaria lentamente. Por el espejo retrovisor observó que el coche de Bellairs permanecía en su puesto.

Volvió al Edificio Federal e inmediatamente consultó el anuario de abogados de la ciudad. En efecto había un Hollander, Tom B. Hollander, que ejercía en De Soto. Pidió al archivo y un momento después le trajeron una carpeta.

Hollander había estado defendiendo a criminales de poca

categoría, y se había especializado en fianzas. No había nada contra él en los archivos.

Bellairs volvió poco después.

—Lo hemos seguido hasta un departamento de oficinas en De Soto.

—Correcto, Bellairs. Búsqueme en los archivos todo lo que tengamos sobre Valenti y pida línea directa con Washington. Puede que la necesitemos dentro de poco.

Se puso en pie y se dirigió hacia el despacho del S. A. C., el agente encargado del mando de la Delegación. Éste, que era un hombre de unos cincuenta años, de pelo canoso y cara de rasgos endurecidos por veinticinco al servicio del F. B. I., lo recibió al momento.

—¿Valenti? ¿Qué quiere entregarse?

—Así es, señor. Hollander no me ha dicho por qué, pero...

—¿Qué es lo que piensa usted, Collins?

—Que Valenti se ha metido en líos, señor. En asuntos superiores a sus fuerzas, y que tiene miedo.

El

S. A. C., encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo hacia el techo.

—Collins, ¿tenemos algo contra Valenti actualmente?

—No, señor. Sólo lo de costumbre. Valenti pertenece al Sindicato del Crimen, de eso no hay duda alguna, pero jamás le hemos podido probar otra cosa que las pequeñas minucias de las que sale libre con una fianza de diez mil dólares. Que, por cierto, no representan nada para él.

—Y de pronto, se dispone a entregarse a nosotros... Sí que es extraño. Bien, Collins, vamos a llevar adelante este asunto. Entrevístese usted con Valenti y vea lo que puede sacar en limpio. Voy a consultar con Washington.

—Tiene usted línea pedida, señor.

—¿Hay algo en lo que no piense usted, Collins? ¿Acaso quiere usted mi puesto?

—No, señor —respondió el agente principal sonriendo—. No,

señor. Está bien. Veré a Valenti. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Pues... dígalo usted, Collins. Veamos si pensamos lo mismo.

—Señor: le ofrecería todo con tal de tenerlo entre rejas y saber por qué tiene ese interés en desaparecer de la circulación.

—Bien.

—Y... porque se entrega a nosotros pudiendo hacerlo a los agentes del Tesoro, o a los del Departamento de Narcóticos, en cuyo caso, éstos y no nosotros serían los que se alzasen con la fama de haber metido en la cárcel al gran Valenti.

—Bien. Adelante. Hable con él y ofrézcale seguridades. El cumplirlas o no, será cosa que le interesará al fiscal general y al tribunal federal.

—Gracias, señor. Pondré ese anuncio mañana mismo en el «Clarion».

Volvió a su despacho y se encontró sobre su mesa el legajo de Valenti. Naturalmente, en aquel dossier sólo estaba la décima parte de lo que se atribuía a Louis. El resto estaba en Washington y en las oficinas de policía de diez Estados, y en Narcóticos, y en el Tesoro...

Pero había lo bastante como para hacer pensar a cualquiera.

Luigi Valenti llegó de Italia a los cinco años. A los once ya había cometido su primer delito, por el que fue internado en un correccional de menores. A los veinticinco se sospechaba que había matado por lo menos a diez hombres, directa o indirectamente, y tenía en sus manos gran parte del juego y de la prostitución de la ciudad. Sus ingresos se calculaban en varios millones de dólares por año, y actualmente se sabía casi positivamente que formaba parte del Sindicato del Crimen, el organismo delictivo que había sustituido a la Mafia.

Pero era muy listo y jamás le había sido probado nada. Pequeñas acusaciones de las que salió bajo fianza casi inmediatamente y... nada más.

Y ahora... quería entregarse. ¿Por qué? ¿Acusándose de qué? ¿Confesando qué?

Una cosa había segura: dijera lo que dijese, confesara lo que confesase, no cabía duda de que, por lo menos, el asunto no iba a ser aburrido.

Al día siguiente, en su edición vespertina, el «Clarion» publicaba el anuncio: «Tex, vuelve a casa. Tu esposa te perdona».

Y al otro día sonó el teléfono del agente principal Collins. Éste reconoció la voz y puso en marcha el mecanismo para grabar la conversación.

—¿Míster Collins? Le habla Smith.

—Hable, Smith.

—Míster Collins, ¿podría estar usted esta noche, a las doce, en la habitación 502 del «Hotel Plaza» en Tuskalosa?

Collins calculó rápidamente. Cien millas hasta Tuskalosa... podría.

—Sí.

—Pues hágalo, por favor. ¿Confío en que no faltará?

—Allí estaré.

—Hasta la noche.

Collins volvió al despacho del

S. A. C.,

y le contó el resultado del anuncio. El agente superior en mando, asintió.

—¿Piensa ir solo, Collins?

—Sí.

—¿No cree que tal vez sería conveniente que algunos de los agentes fuesen con usted?

—No, señor. Prefiero hacerlo solo. Por otra parte... no creo que haya peligro alguno.

—No, quizá no. Pero... a las doce y media alguien llamará a la habitación del hotel y preguntará por míster Smith. Póngase usted. Quiero estar seguro de que todo marcha bien.

—Como usted quiera, señor.

Fue a su casa y preparó una pequeña maleta. Desde allí mismo telefoneó a Tuskalosa y ordenó que le reservasen una habitación en el «Plaza». Tendría que quedarse a dormir allí, probablemente.

A las ocho para poder guiar con lentitud y sin precipitaciones, ya que se avecinaba una buena nevada, salió de la ciudad y se dirigió a Tuskalosa. Llegó allí a las once y media. Había calculado bien el tiempo.

Y la nevada había comenzado a caer, cuando se registró en el hotel bajo el nombre de Frederick Jones.

A las doce en punto, salió de la habitación 424 y ascendió al quinto piso. Anduvo por el corredor hasta encontrar la 502 y

cuando iba a llamar a la puerta esta se abrió.

—Pase, por favor —dijo Hollander.

Y Collins entró.

Hollander cerró tras él y el agente se encontró en una amplia sala, cuya calefacción estaba puesta al máximo, y en la que había, además del abogado, tres hombres.

Uno de ellos destacaba entre todos, y no por su estatura, precisamente, ya que Louis Valenti no pasaba de los cinco pies cinco pulgadas. Pero lo que le hacía resaltar era su personalidad.

Más bien grueso, de ojos acerados y doble papada debajo de una barbilla voluntariosa. Una pequeña cicatriz desfiguraba algo su párpado derecho, producto de una antigua riña, en los tiempos en que aún no era el jefe del hampa. Entre los labios tenía apretado un gordo cigarro puro, y su edad debía oscilar entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años.

Los otros dos hombres eran altos, fuertes y con cara de perro. Guardaespaldas típicos.

—Hola, Collins —dijo.

—Hola.

—Muchachos, traed bebida y largaos.

Los dos guardaespaldas dispusieron una bandeja con botellas, vasos y un cubo con hielo sobre una mesita baja y salieron silenciosamente por una puerta. Collins estaba razonablemente seguro de que no irían muy lejos. Probablemente se quedarían en la habitación de al lado.

—Y ahora, ¿*whisky*, Collins?

—No.

—¿Ginebra?

—No.

—¿No quiere beber?

—Nada.

—Bueno, como quiera. Hollander, póngame a mí un par de dedos de *whisky*. Puro.

Masticó el cigarro.

—Y ahora, Collins, vamos al asunto.

DOS

—Verá, Collins, he pensado entregarme a ustedes.

—Sí.

Collins esperaba la próxima jugada. No quería ser él quien abriera el juego. Puesto que era Valenti quién había dado el primer paso, que diera también el segundo.

—Pero necesito garantías. ¿Está usted dispuesto a dárme las?

—Es posible. Hable más claro. ¿Qué clase de garantías?

—Las de que sólo me procesarán por aquellos delitos que yo confiese. Que no... hurgarán más a fondo.

—Y a cambio, ¿qué recibiríamos nosotros?

Valenti cambió una rápida mirada con Hollander. Este asintió con la cabeza.

—Información, Collins.

—¿Qué clase de información?

—De primera calidad.

Collins estaba mirando rectamente a los ojos a Valenti. Y en aquellas aceradas pupilas descubrió algo... algo que muy bien podría ser... miedo.

—Eso es muy vago, Valenti. De primera calidad... no es decir gran cosa. Información, ¿sobre qué? ¿Sobre quién?

—Sobre el Sindicato.

¿Había dudado un poco antes de pronunciar la palabra temida, y que muy pocos se atrevían a usar? Collins hubiera jurado que sí.

—¿Sobre los jefes del Sindicato?

—Es posible.

—No quiero «posibles», Valenti. Prefiero contestaciones afirmativas o negativas.

—¿Y si no se las doy?

—No habrá trato, naturalmente.

¿Miedo? ¿Era temor lo que había en aquellas pupilas grises?

—En ese caso me dirigiría a los agentes del Tesoro. A ellos puede que les interese.

—Vamos a hablar claro, Valenti.

—Bueno, para eso estamos aquí. Hollander, póngame otro *whisky*. Y no sea tan tacaño, diablos. Lo pago yo.

Hollander le sirvió. Valenti lo bebió de un trago. Vaya, Collins estaba seguro ahora. El gran Louis, ante el que docenas de hombres temblaban como niños, estaba asustado.

—Vamos a hablar claro —repitió el agente principal—. Usted nos proporciona información. Nosotros lo acusamos de aquello que usted quiera confesar. ¿Cómo sabemos que sus informes van a valer la pena de hacer la transacción?

—Ustedes me tienen ya en su poder.

—Y entonces sus abogados presentan una fianza por usted y estamos en las mismas.

—Bueno, ¿y eso no es un trato?

—Valenti —dijo Collins con mucha lentitud—, a nosotros nos interesan aquellos casos que podamos llevar ante un tribunal, no aceptar fianzas a barullo para tener que ver cómo salen de la cárcel los delincuentes.

—Yo —se golpeó con el dedo pulgar en el pecho—, le garantizo que la información que les voy a proporcionar, les va a hacer saltar de sus sillas de alegría. De lo contrario, ¿para qué habría montado todo este tinglado? Con haber cerrado la boca y quedarme quieto... pues todo listo, todo como antes. ¿Es que no lo entiende, tonto?

—No está usted hablando con sus esbirros, Valenti. Lleve cuidado con las palabras.

—Está bien, ¡está bien!

Su voz se había hecho levemente chillona. Vaya estaba nervioso.

—Pero hay algo más, Collins. Quiero...

—¿Qué?

—Quiero que protejan a mi familia.

Ya había salido. Ya estaba allí. El gran Louis Valenti estaba temeroso por su familia... Además tenía miedo también por él. ¿Quién podría querer hacer daño a su familia, si antes no se lo habían querido hacer a él?

—Podemos llegar a una transacción —dijo Collins cautelosamente.

—Venga, suelte lo que tenga en el buche.

—Es esto: si la información merece la pena, nosotros presentaremos las acusaciones contra usted y protegeremos a su familia. ¿Vale?

—Vale. Hollander, maldición, ponga otra bebida. ¿Seguro que no quiere, agente?

—No. Bien, ¿qué clase de confesión piensa hacer?

—Pues... traspaso de coches robados a otro Estado, por ejemplo. Collins sonrió.

—Algo más, Valenti.

Éste se volvió hacia Hollander.

—Hable, picapleitos.

Hollander dio un paso al frente.

—Ocultación de ingresos, robo de coches trasladados a otro Estado e interferir en el comercio entre Estados.

—Eso ya va estando mejor.

—¿Le parece bastante?

—No.

—Pues eso es todo. No hay nada más.

—Está bien. ¿Cuándo se presentaría ante nosotros?

—Pues...

Hollander volvió la mirada hacia el hombre que le pagaba.

—Pues... lo antes posible.

—¿Mañana?

—Pues...

Nueva mirada. Valenti tragó saliva.

—Pasado mañana.

—Está bien. Y ahora... ¿qué quiere usted decir con eso de que protejamos a su familia?

—Pues... eso, demontres. Que no les ocurra nada.

—¿A quién?

—A mi hija y a mi hijo.

—¿Están en la ciudad?

—Llegarán dentro de unos días... Pero míster Hollander le dirá cuándo han de llegar. Porque si puedo conseguir que no vengan... lo haré.

—¿Dónde están?

—Eso no pienso decírselo a nadie, Collins. A nadie.

Se limpió el sudor de la frente con un gran pañuelo color malva.

—Sólo si Hollander le avisa tendrán ustedes que cuidarse de ellos. ¿Conforme?

—Conforme.

Collins se puso en pie.

—Pasado mañana a las nueve de la mañana, en mi oficina.

—De acuerdo.

Valenti dio un golpe en la mesa. Los dos guardaespaldas aparecieron en la habitación silenciosamente.

—Adiós, Collins.

—Adiós.

Collins salió y se dirigió a su habitación. Durmió allí y a la mañana siguiente, en medio de una densa nevada, pero comprendiendo que el tiempo apremiaba, emprendió el viaje. Apenas llegó, se presentó al

S. A. C.,

y le informó de lo ocurrido.

—Eso es todo lo que he podido sacarle, señor. Pero es lo suficiente como para presentar a Louis ante un jurado... si la información que nos dé vale la pena.

—Collins, ¿qué impresión le causó ese hombre?

—Señor: está muerto de miedo. Por él y por los suyos. Eso quiere decir que el Sindicato ha decidido prescindir de él, y él se ha enterado a tiempo. Y no quiere que le corten el cuello.

—¿Cree usted que le han hecho objeto de un *contrato*?

—Sí, señor, eso pienso.

Cuando el Sindicato decide que uno de sus miembros o alguna persona puede resultar peligroso para sus actividades, se le da un «contrato» a un pistolero profesional. Mediante este contrato, el hombre se compromete a acabar con aquella persona en un tiempo fijado.

Los modos de hacerlo competen exclusivamente al pistolero. Cientos de asesinatos han sido cometidos bajo esta forma de contrato. Y la mayor parte de las veces, los matadores han escapado inmunes. El Sindicato del Crimen les brinda su protección. Y el Sindicato tiene mucha fuerza.

—Si han hecho eso, Collins, no creo que le hayan dado el contrato a ningún pistolero de la ciudad. Sería muy peligroso.

—Exacto, señor. Lo más probable es que hayan traído a un *torpedo*^[1] de otro Estado, o lo vayan a hacer venir.

—Bien, Collins, si lo que Valenti nos proporciona vale la pena, nos vamos a arriesgar.

Collins estaba pensativo.

—¿Algo no marcha bien?

—Me estoy preguntando, señor, dónde estarán los hijos de Valenti. Me gustaría saberlo.

—¿Qué edad tienen?

—Valenti es viudo. Su hija debe tener unos veinticinco o veintiséis, y su hijo unos dieciocho. Lo miraré en los archivos. Al parecer, muy pocas veces han venido aquí, a la ciudad. Me enteraré.

—De acuerdo. Y mañana por la mañana...

Toda aquella tarde, la pasó Collins haciendo llamadas telefónicas. Sólo se interrumpió a las siete para comer un bocado en el bar. Y a las ocho, por fin, consiguió la información.

Fue en el «Clarion», y fue precisamente la redactora de noticias locales quién se la proporcionó.

—Tom —dijo una voz femenina—. ¿Quieres de verdad decirme que estás interesado por otra mujer que no sea yo?

—La cosa es importante, Mary. Importante y... confidencial.

—Invítame a un vermut esta noche. Y... a cenar. Puede que tenga algo para ti. Yo conozco a todo el mundo, ya sabes.

—Conforme. Pero... ¿no será un truco para ganarte una cena gratis?

—Tú espérame en *Delmonico* a las nueve.

—Allí estaré.

Mary Cummnigs llevaba diez años dedicada al periodismo, a los asuntos locales. Había pocas cosas que ella no supiera sobre el municipio y sobre algunos otros temas. Era una mujer de unos treinta años, alta, que vestía una chaqueta deportiva de cuero rojo y unos pantalones que le ajustaban sus piernas, de una perfección poco común. Muy pocas mujeres se habrían atrevido a presentarse en *Delmonico* por la noche con aquel atuendo, pero ella lo hacía. Vaya si se atrevía.

Se acomodaron en uno de los rincones y sin necesidad de que ella lo pidiera, un camarero colocó en su mesa vermouths. Ella probó el suyo y asintió.

—Vamos, Tom. Bebe eso, y toma otro.

Tom lo hizo. La combinación era perfecta. El barman del *Delmonico* tenía fama y nada inmerecida de saber preparar las bebidas.

—Bien, compañero, ¿de modo que el

F. B. I.,

necesita de mis humildes servicios?

—Supongámoslo.

—Ya está supuesto. ¿Y qué salgo yo ganando, además de la cena?

Sus brillantes ojos negros estaban examinando a su compañero. Pocas cosas escapaban a aquellas pupilas color de tinta.

—Mary, lo que voy a decirte es absolutamente confidencial, pero te prometo una buena noticia para dentro de un par de días. ¿Hacemos un trato?

—Podemos intentarlo, Tom. ¿Quién es mi rival?

—Ni siquiera la conozco. Se trata de la hija de Valenti.

Mary puso los labios como si fuera a silbar.

—Maddalena Valenti, ¿eh?

—¿La conoces?

—La vi una vez.

—¿Sabes dónde está?

—Creo —dijo la periodista lentamente—, que ni su propio padre sabe muchas veces dónde se encuentra. Casi siempre en Europa.

—Pero ahora... ¿dónde está?

—En Europa.

Collins terminó la bebida.

—Mary, por favor, te voy a decir una cosa: Podemos averiguarlo con un poco de tiempo. Pero si tú colaboras un poco...

—Tardaríais bastante en encontrarla, Tom. Eso te lo garantizo. Maddalena es muy... escurridiza.

—Habla, Mary.

—¿No tenéis vosotros, los superhombres del

F. B. I.,

antecedentes de ella?

—No, el que nos interesa verdaderamente es Louise Valenti, pero no sus hijos, si no están mezclados en sus sucios negocios... y no lo están, al parecer.

—Maddalena es pintora. Pero no usa ese nombre. Utiliza el nombre de guerra de Úrsula Spia. Tal vez hayas oído hablar de alguien que haya visto sus cuadros.

—No.

—Lo suponía. Tu instrucción artística...

—Deja tranquila mi instrucción artística, Mary.

—Bueno, por otra parte, es más conocida en Europa. Yo la vi hace dos años en París. Le hice una entrevista que no se publicó en el «Clarion».

—¿Por qué?

—Porque el *signore* Valenti puso en juego sus influencias para evitar que yo dijera que Úrsula Spia era en realidad su hija. Y como Valenti tiene muchas agarraderas... y a mí, si me interesaba la entrevista era por lo que tenía que ver con nuestra ciudad, lo dejamos.

—¿Cómo sabías tú...? Bueno, ya lo veo. Pero ¿sabes dónde está en este momento?

—No, exactamente, aunque creo que en Francia. Pero puedo enterarme por nuestros corresponsales en Europa.

—Sabiendo su nombre de guerra, nosotros también podemos hacerlo. Y espero... espero que no haya otros que también lo consigan.

Había hablado en voz alta, pero en realidad estaba pensando. Ella lo notó.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, nada. Gracias. En cuanto al hermano...

—El hermano estaba estudiando en París. No lo sé ahora. Pero... dime, Tom, ¿es tan importante?

—Mucho más de lo que te piensas, Mary. Así que Úrsula Spia. Una cosa, Mary. ¿Saben esto muchas personas?

—Pues... el director y yo. El jefe de redacción, también... No sé si alguien más. En el periódico no creo pero... puede haber otras personas que sí.

—¿Podrías mantenerlo en silencio y cerrarle el pico a tu director y al jefe de redacción?

—¿Cerrarles el pico a éstos, Tom? ¿Sabes lo que es el periodismo?

—Un poco, pero es absolutamente necesario, querida.

—¿Has dicho «querida»? ¿Es una manera de hablar o...?

—Una forma de hablar, solamente.

—Vaya, lo siento. Por un momento había pensado...

—Cuando quiera dar a mis palabras un significado específico te lo advertiré. ¿Conformes?

—Conformes —suspiró ella. Luego sonrió—. ¿Eso era todo, Tom?

—¿Podrás silenciar la cosa?

—En todo caso podemos hablar con tu jefe.

—Te lo diré si resulta necesario.

—Conforme. Y ahora, si eso era todo, disfrutemos por lo menos de la cena.

—¿Qué tal pinta Maddalena?

—Pues... es una cosa rara. Y ella también. ¿Te digo un secreto? Cuando le hice la entrevista tuve la sensación de que estaba peleada con su padre.

—Puede ser. ¿Una impresión nada más, dices?

—Sí, ella no fue muy explícita. Es... muy escurridiza como te dije antes.

—¿Guapa?

—He dicho escurridiza. No echés a volar tu imaginación masculina.

—¿Guapa?

—Sí. Sus pinturas se venden... bien. Por lo menos se vendían entonces.

—¿No has vuelto a tener noticias tuyas?

—En dos ocasiones, leyendo cosas del mundillo artístico de París y de Roma.

—¿Vive bien?

—Bastante. Su estudio en el Bulevar de los Italianos estaba muy bien puesto. Sencillo, pero caro. Había bastantes obritas de arte. Se ve que ha viajado lo suyo.

—¿Dinero del papá?

—Puede ser, pero no lo aseguraría. Me pareció muy... orgullosa. Mucho.

—¿Cómo es el hermano?

—Alto, moreno, muy guapo. Pelo largo... Muy a *la mode*. Jovencito.

—Sí. Bien, de acuerdo, te lo agradezco, Mary. Y se han acabado las preguntas por hoy.

—Pues a cenar y a bailar.

Lo hicieron hasta las doce. Luego, el agente la condujo a casa. La besó en la puerta.

—¿No tomas el último trago?

—Lo siento. Mañana tengo trabajo. Cualquier otro día querida.

Ella sonrió y cerró la puerta tras de sí. Collins siguió hasta su casa y se acostó. A la mañana siguiente le esperaba bastante trabajo, en efecto.

TRES

A las nueve y media de la mañana, un coche negro de un modelo pasado de moda, se detuvo ante la puerta del Edificio Federal. Dos hombres bajaron de él y se introdujeron rápidamente en el edificio.

Collins y el
S. A. C.,

estaban hablando cuando les anunciaron que míster Hollander y otro caballero habían llegado.

—Que esperen un momento —ordenó el superior de Collins—. Bien, repasemos el asunto. Usted pide noticias de *miss* Valenti y el chico a París y a Roma.

—Sí, señor. Ya tengo preparado el telegrama.

—Segundo: Aviso a todas las Delegaciones, sobre todo a las del norte para que nos comuniquen si han observado algún movimiento especial entre la gentuza del Sindicato o en los bajos fondos.

—Sí.

—Asimismo, si saben o se corren rumores de que alguno de los pistoleros conocidos se haya desplazado aquí.

—Sí.

—Y por último, vigilar los aeródromos, el ferrocarril y las carreteras para saber si llega a la ciudad algún tipo sospechoso procedente de otra.

—Sí, señor.

—Pues hágalo en el espacio más corto de tiempo que pueda y venga. Retendré a Valenti y a su abogado hasta que usted llegue.

Collins se puso en pie y salió rápidamente del despacho. Un momento después, las órdenes habían sido cursadas. Desde ese instante, agentes de la policía y del

F. B. I.

examinarían con lupa a todos aquellos forasteros que pudieran

llegar a la ciudad utilizando cualquiera de sus vías de acceso.

Volvió al despacho del

S. A. C.,

Éste fumaba un cigarrillo y Valenti uno de sus excelentes cigarros habanos.

—Ah, Collins. Adelante. Podemos empezar la sesión cuando usted quiera. ¿Dispuesto, Valenti?

—Por mí, cuando quieran. ¿Van a grabar lo que yo les diga?

—Sí. Es necesario. Pero después habrá de firmar sus declaraciones.

—Lo supongo, amigos. Firmaré lo que sea, pero antes lo leeremos bien mi abogado y yo.

—Sí.

—Bueno, ante todo...

—Ante todo, Valenti...

—Su declaración —terminó Collins—. Su confesión, mejor dicho.

Aquello estuvo terminado en menos de una hora.

Valenti se confesaba culpable de varios delitos federales menores y lo hacía voluntariamente. Cuando le presentaron la confesión, pidió un cierto tiempo para que su abogado y él la estudiaran. Les cedieron un pequeño despacho y Collins y su jefe se quedaron solos.

—Bien, ya está en el saco, por lo menos momentáneamente. ¿Hay algo nuevo?

—Los accesos ya están cerrados, señor. Aún no hay noticias más que de algunas de las Delegaciones.

—Bueno, esperaremos.

Una hora después, Valenti se declaraba dispuesto a firmar. Lo hizo ante varios testigos, agentes en su mayoría. Cuando tiró la pluma sobre la mesa se limpió el sudor de la frente, con su pañuelo malva.

—Bueno, ya está. ¿Me prometen que se ocuparán de que nada les ocurra a mis chicos?

—Sí. Por cierto... ¿Dónde están?

—Pues... ya les dije que se lo haría saber cuándo llegaran aquí. Pero antes... no me atrevo, eso es todo.

—Bien, ahora puede usted empezar.

Y Valenti comenzó.

Hasta la noche no acabó. Cuando lo hizo, Collins y el S. A. C., tenían sobre su mesa material suficiente como para comenzar a trabajar rápidamente. Valenti, al parecer, no se había guardado nada. O por lo menos, lo que había soltado era lo bastante como para armar una buena polvareda en el bajo mundo.

La mayor parte de todo aquello era conocido más o menos por los agentes federales, pero les había faltado hasta entonces la prueba principal. Las pruebas o la manera de conseguirlas. Y ahora ya podían comenzar a reunir las, porque sabían dónde podían encontrarlas.

Valenti fumaba su sempiterno puro cuando se le reunieron de nuevo.

El maleante estaba pálido, y sus manos no muy seguras, pero aún se mantenía firme. Sin duda se daba perfecta cuenta de lo que había hecho.

—Una última pregunta, Valenti —dijo Collins—. ¿El Sindicato había decidido matar a usted?

—Sí.

—¿Por qué? Eso no nos lo ha dicho.

—Pues... ésas son razones personales.

—Escúcheme bien, Valenti.

Collins se inclinó hacia él.

—Usted ha decidido delatar a los que hasta ahora han sido sus cómplices y sus jefes. ¿Por qué? Porque ellos han decretado acabar con usted. Pero... ¿y las razones que han tenido para ello?

—Está bien, las diré. Yo quería retirarme del negocio.

—¿Por qué?

—Ahí es donde entran mis razones personales.

Collins tuvo una súbita inspiración. Una de esas corazonadas que lo habían llevado a la subjefatura de la Delegación del

F. B. I.,

unidas a su capacidad de trabajo y a su valentía.

—¿Ha estado usted en Europa últimamente, Valenti? No mienta. Podemos enterarnos por su pasaporte.

—No he estado en Europa desde que vine cuando era un chico.

—¿Ha visto usted últimamente a alguno de sus hijos?

Los labios del antiguo pistolero se movieron. Los blancos dientes

desmenuzaban el cigarro.

—No.

—Pero ha hablado con alguien que venía de parte de ellos, ¿no? Valenti se puso violentamente en pie.

—¡Bueno! ¡Les he dado ya un montón de trabajo para hacer! ¿Qué diablos les importan a ustedes mis asuntos personales?

—Mucho, Valenti. Y no me grite. No me gusta. Ahora está usted bajo nuestra jurisdicción, le guste o no le guste. Y tenemos motivos suficientes para tratar de enterarnos de ellos. ¿Ha hablado con alguien que antes lo hubiera hecho con sus hijos?

—No diré una sola palabra. Y si me sigue amenazando, comenzaré a negar.

Collins tuvo una sonrisa torcida.

—Soy abogado, Valenti. Ahora ya no puede usted volverse atrás. ¿Hizo lo que le pregunto o no?

—No contestaré.

—Está bien. La última pregunta. ¿Tiene usted idea de a quién han encargado matarlo?

Valenti lo miró con sus ojos grises.

—Si lo supiera, ese hombre habría dejado ya de existir. Hay muchos... tengo muchos amigos que le impedirían llegar hasta mí.

—O sea, que lo asesinarían, ¿no?

—Dígalo como guste. Yo lo digo a mi manera.

—Así que no lo sabe.

—¡No! Y ahora... ¿dónde me van a enviar?

Ante una orden de asesinato por parte del Sindicato del Crimen, ningún penal es un sitio seguro. Las manos de los jefes del hampa pueden llegar a la más oculta prisión. Muchos asesinatos se cometen en las cárceles, casi ante la misma mirada de los guardianes.

—Por el momento, va usted a permanecer aquí, en el Edificio Federal. ¿Tiene miedo?

—Si hubiera tenido miedo, hace tiempo... Bueno, dejémoslo. ¿Así que me quedaré aquí?

—Sí. Valenti. ¿Qué hombre cree usted que podrían intentar enviar para acabar con usted?

—No lo sé.

Era evidente que sólo decía la verdad a medias, pero ya no había más que hacer.

Valenti fue llevado a uno de los calabozos del Edificio Federal. No podrían tenerlo allí más que unos cuantos días, hasta que un juez lo condenase, pero... al menos, pararían el primer golpe si los antiguos amigos del *gangster* querían echarle mano cuando se enterasen de lo que acababa de hacer.

Y no cabía duda de que lo sabrían pronto.

Aquella tarde, todos los agentes que estaban libres de servicio se reunieron en el despacho del

S. A. C.

Una copia de las informaciones de Valenti había sido enviada a Washington y se esperaban las órdenes del Estado mayor del

F. B. I.

—¿Algo nuevo de Europa? —preguntó el

S. A. C.

—*Miss Spia* estaba hace dos meses en Languedoc. Algunos amigos suyos suponen que marchó a Italia Esperemos noticias de Roma.

—¿Y las Delegaciones?

—No acusan movimiento alguno de atención en los bajos fondos. Las policías metropolitanas han sido advertidas y tampoco parecen estar enteradas de nada.

Un ordenanza llevando un despacho, penetró en la sala.

Lo entregó a Collins. Éste lo leyó.

—De San Francisco. Anuncian que no encuentran por parte alguna a Bobby «Greyhound» Charles.

—¿Quién es?

—Un «torpedo», señor, un pistolero profesional. Dicen que hace quince días estaba todavía en Frisco Ahora no lo encuentran. Envían fotografía y antecedentes.

—Que las traigan aquí en cuanto lleguen.

Por el aparato especial, transmisor de fotografías a larga distancia, les llegó la de «Greyhound» Charles media hora más tarde. Un individuo alto, huesudo, de nariz ligeramente torcida. Unos ojos estrechos, un poco gatunos completaban la faz bastante acusada.

—Envíen copias a la policía de carreteras, a los hoteles, a las estaciones de ferrocarril y al aeródromo Si ha entrado en la ciudad, que lo sigan con cuidado.

Poco después llegaba la contestación de Washington. «Vía libre».

Había que actuar y rápidamente. Tendrías cuanta ayuda federal necesitasen.

El

S. A. C.,
levantó los ojos hacia Collins.

—Ya lo sabe, Collins. Adelante.

Collins se dirigió hacia la mesa de su superior y se volvió de espaldas a ella para dirigirse a los agentes, que esperaban sus órdenes.

—Van ustedes a recibir órdenes por escrito dentro de unos instantes. Pero, por el momento, dos de ustedes van a ir a casa de Woll, Stephen Woll, y lo van a traer aquí. Vayan a sus puestos y esperen.

Dos de los agentes salieron. Los demás se dirigieron a sus despachos.

—¿No va usted a detener a Woll personalmente? —preguntó, el. S. A. C.

—No voy a detenerle, señor. Quiero que empiecen ellos a moverse. Voy a dar las órdenes para que estén vigilados todos aquéllos a quienes ha delatado Valenti. Pero quiero ver lo que hacen.

El

S. A. C.,
asintió.

—Creo que tiene razón.

Collins volvió a su despacho para impartir las órdenes. Valenti comparecería ante un juez al cabo de unos diez o quince días. Para entonces, todos los implicados estarían bajo vigilancia.

Y para él, personalmente, se reservaba algo más difícil. Probablemente uno de los huesos más duros de roer de todo el asunto.

Ante él, en las listas, había un nombre. Jonathan «Long» Stec.
Stec...

Recordaba la primera vez que había visto a Stec en su *cabaret*, donde se jugaba bastante y fuerte. Aquello competía al Departamento de Represión del Vicio, pero Collins había ido allí acompañando a un capitán de policía para hacer una redada en el *cabaret*. Recordaba la cara de Stec, aquella cara larga, de ojos

inteligentes y boca cruel. Recordaba el desprecio con que había tratado al policía, en presencia de un abogado. Recordaba...

Lo recordaba todo. Y ahora quería volver a ver a aquel tipo.

Terminó las órdenes, las repartió entre los agentes y se puso el gabán. Pero antes de salir, le entregaron un cablegrama de Roma. La Interpol, a petición del

F. B. I.,

les comunicaba que *miss Spia* estaba en Roma, acompañada de su hermano.

Redactó una nota para ser enviada a la capital del Tíber y luego salió.

En el bolsillo llevaba una orden de detención.

El *Mexican* estaba situado en los Hights, la parte alta de la ciudad. Había sido abierto hacía apenas tres años. La policía efectuaba a veces en él algunas redadas, y multaban a Stec. Éste pagaba la multa y continuaba tranquilamente con su *cabaret*. ¿Qué suponían cuatro o cinco mil dólares para las ganancias que le proporcionaban las mesas de póquer y las ruletas, además de los dados? Aparte de ello, «Long» Stec tenía otras fuentes de ingresos y no tan visibles como el juego.

Entró en el *Mexican* y pasó al salón. Las atracciones no habían comenzado todavía. Se dirigió directamente al jefe de camareros.

—Quiero hablar con míster Stec —dijo poniendo ante él su placa.

El otro la miró.

—Sí, señor. ¿Viene solo?

—Sí.

El otro hizo un gesto a uno de los hombres, que al parecer vagaban sin objeto del bar al salón y éste se acercó a ellos.

—El caballero quiere ver a míster Stec. Es del Gobierno.

—Por aquí. Pero no sé si míster Stec podrá recibirlo.

—Lo hará.

El otro lo dejó en una pequeña habitación, y desapareció por una puerta pequeña, forrada de bayeta roja. Collins miró atentamente a su alrededor. Sí, probablemente el espejo en el que en este momento se estaba mirando el nudo de la corbata era una ventana por el otro lado. Seguramente lo estaban observando tranquilamente desde detrás de él.

Se encogió de hombros.

El hombre apareció de nuevo.

—Por aquí, señor.

Un nuevo corredor, otra puerta, otro corredor más, y otra nueva puerta. Ante ésta había dos hombres que se contemplaban atentamente las uñas.

Y por fin, Stec.

Estaba en su despacho, tan grande que para llegar hasta la mesa detrás de la cual se encontraba, había que recorrer diez pasos.

Stec se puso en pie.

—¿Sí, míster...?

—Collins.

—Encantado, míster Collins.

¿F. B. I.?

—Sí.

—Bueno, ¿quiere sentarse? ¿Alguna bebida?

—No gracias.

—Bueno, en ese caso, me permitirá...

Se sirvió un vaso mediano de un bar que había en la esquina de la habitación. Collins se preguntó lo que habría costado aquel despacho. La alfombra, solamente, más de dos mil dólares. Lo que ganaba él en varios meses de trabajo.

—Bien, míster Collins, usted me dirá a qué debo el honor...

—Stec. —El tono de Collins era frío—. Uno de sus hombres mató el día 5 del último mes de abril, a un comerciante de la calle Lafayette.

—¿De veras? No tengo ni la menor idea de lo que me está usted diciendo.

—¿Es una sorpresa para usted?

—Naturalmente. Mis hombres no matan a nadie.

—En ese caso, lo hicieron. Billy «Caradeperro» Lincoln lo hizo.

—¿Billy? Parece imposible. Tan buen muchacho... Claro que ustedes tendrán pruebas.

—No, pero sabemos que lo hizo.

—En ese caso... ¿Por qué no habla usted mismo con Billy?

—No me importaría hacerlo.

Stec apretó un timbre. En su flaco rostro había una mueca casi sarcástica.

—Llama a Billy.

Un momento después un hombre de mediana estatura, de largo pelo rubio y ojos entornados, entró en el despacho. Merecía su apodo. Parecía un terrier.

—Billy. El caballero pertenece al
F. B. I.

Y dice que el 5 de abril tú mataste a... ¿quién ha dicho, míster Collins?

—Un comerciante en antigüedades, en Lafayette. Se llamaba Levin.

—¿Yo? ¿Quién lo dice?

—Yo mismo.

—Bueno, Tío Sam, esas cosas me alteran mucho. Decir que yo... ¿Usted lo puede probar?

—No.

—En ese caso...

—Míster Collins —intervino Stec—. Billy es un buen muchacho. Quien haya dicho eso de él, miente probablemente. Billy, si yo me enterase de que tú has hecho una cosa así...

Parecía un padre cariñoso amonestando a su hijo por romper un vaso.

—Bien —dijo Collins.

Metió la mano en la cartera y sacó un papel.

—Una orden de detención a nombre de William Lincoln.

El interpelado se sobresaltó.

—¿Qué está diciendo? ¿Qué va a detenerme?

—Sí. William Lincoln, queda usted detenido por asesinato.

—Pero... Jefe...

—Deja, Billy. Escuche, agente, ¿está seguro de no cometer un error?

—Completamente seguro.

—Acaba usted de decir que no había pruebas de que Billy...

—He dicho que no las teníamos. No que no las hubiera. Bien, la orden está en regla. Billy, ¿piensa resistirse?

Los ojos de Stec lo contemplaban fijamente. Collins casi podía seguir sus pensamientos. Un agente solo, llegando hasta allí; aquella extraña manera de proceder, diciendo que no había pruebas, para a continuación sacar la orden de arresto...

Collins estaba seguro de que el promotor, como le gustaba llamarse a sí mismo, estaba intrigado.

—Billy no se va a resistir, míster Collins. ¿Verdad que no, Billy?

—Pero... Jefe...

—No, claro que no. Billy, puedes ir con el agente, naturalmente. Estate seguro de que lo arreglaremos todo. Muy pronto.

—Así está bien —dijo Collins—. Lincoln, venga conmigo. Y más valdrá que no intente ningún truco, ni ninguna jugadita sucia, porque... voy armado.

—Billy —declaró lentamente Stec—, no opondrá resistencia. Y... éste, míster Collins, mis abogados estarán mañana mismo en el Edificio Federal.

—Les recibiremos con mucho gusto, Stec.

Y salió, seguido por la mirada del promotor. Billy avanzaba delante de él.

Collins sabía que ahora, pasados unos minutos, «Long» Stec comenzaría a moverse.

CUATRO

—No tienen ustedes pruebas —dijo el abogado.

Estaban en el despacho de Collins. El letrado era uno de los más destacados miembros de su profesión. Sólo que sus clientes eran casi todos hombres en cuyas conciencias había cargos bastantes como para enviarlos a la silla eléctrica. Pero el abogado se encargaba de que los cargos quedasen únicamente en las conciencias.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Collins.

El abogado se quedó cortado un instante.

—Pues...

—¿Stec?

—No, mi defendido.

—Bien, su defendido se equivoca. Tenemos pruebas. Un testigo.

El abogado entornó los ojos.

—¿Un testigo? ¿Quién?

—Lo sabrá dentro de poco.

—Me niego a considerar esa posibilidad. Tengo que hablar con mi defendido otra vez.

—Hágalo.

El abogado volvió una hora más tarde.

—La petición de fianza sigue en pie.

—Concesión denegada. Lincoln está acusado de asesinato y tenemos un testigo. Vayamos a juicio, abogado.

El abogado se retiró. La fianza fue denegada. A mediodía, Stec llamó a Collins.

—¿Míster Collins? Soy Stec. Tengo entendido que han encontrado ustedes un testigo... ¿Tienen tanta confianza en él como para llevar a Lincoln a un tribunal?

—Sí. Lo tenemos y lo llevaremos. Ya lo ve.

—El abogado de Lincoln me ha dicho que ustedes le harán saber

el nombre del testigo...

—Se sabrá en el momento oportuno.

—Está bien.

Cuando colgó el teléfono, Collins sonreía. Luego se fue a ver al S. A. C.

—Ya han picado. En este momento deben estar tratando por todos los medios de averiguar quién es ese testigo.

—¿Lo tienen bajo vigilancia?

—Naturalmente, señor. Con discreción, claro.

—Era un ladronzuelo, ¿no? ¡Valentín declaró tantas cosas juntas...!

—Sí, señor. Un ladronzuelo al que Billy Lincoln había encargado de vigilar la puerta trasera de la casa. Porque para todos los efectos, Lincoln iba a robar el almacén de antigüedades. Pero lo que en realidad iba a hacer era a cargarse al dueño, que se había negado a pagar la protección.

—Y ese ladronzuelo lo vio.

—Se metió dentro de la casa cuando le pareció que llegaba un coche de la policía, y vio a Lincoln cometer el asesinato. Éste, a su vez, lo comentó con un compinche y éste se lo dijo a uno de los hombres de Valenti. Ese diablo siciliano estaba enterado de muchas cosas. Se guardó la información para cuando le pudiera interesar.

—Y ahora nos ha convenido a nosotros, señor. Lincoln se negará a ser sentado en la silla eléctrica. Y para evitarlo, hará que Stec trate de sacarlo de la cárcel y entonces Stec se cogerá los dedos con nosotros.

Lanzó un fuerte suspiro.

—Hemos esperado mucho tiempo, señor, pero al fin... Ah, gracias.

Era mensaje de Roma. La policía les comunicaba que *miss Spia* y su hermano abandonaban el país en el «Presidente Grant», con destino a Estados Unidos.

—Caramba —refunfuñó Collins—. Esto es una complicación.

Cogió el teléfono y dio orden de que averiguasen cuándo llegaba el «Presidente Grant» a Estados Unidos. Unos minutos después le anunciaron que al cabo de diez días, ya que el barco hacía escala en Inglaterra.

—Diez días. No nos queda mucho tiempo. Habrá que salir a

esperarlos a Nueva York, señor.

—Sí. Y como supongo que usted estará muy ocupado aquí, lo pediremos a la Delegación neoyorquina. Esos chicos deben llegar aquí, si es que es aquí a dónde se dirigen, con una buena escolta. Lo hemos prometido.

—Y yo tengo curiosidad por conocer a la hija de Valenti, señor. Creo que es una buena pintora.

—¿Ah, sí? ¿Sólo por eso?

—De momento, sólo eso.

El teléfono sonó. El superior de Collins lo cogió. Escuchó durante unos instantes.

—Son los agentes que tenemos en el aeropuerto, Collins. «Greyhound» Charles acaba de desembarcar del avión procedente de Chicago.

—¿«Greyhound» Charles? ¡Santo Dios! Más complicaciones. Así que viene de Chicago.

—Sí, por eso no se han enterado en el aeropuerto hasta ahora.

—Dícales que lo sigan como perros falderos. No podemos perderle de vista.

El

S. A. C.,

lo hizo. Luego colgó.

—Bien, resumiendo. Vamos a llevar a Lincoln ante un tribunal. Lo haremos lo antes posible. ¿Va usted a ir a hablar con ese ladronzuelo?

—Sí, señor.

Valenti no se había callado nada. Eso pensaba Collins alegremente mientras salía a la calle y montaba en su coche provisto de radio. Dos agentes iban con él.

El ladronzuelo vivía en el puerto, en una de las callejuelas que van desde Proctor a los docks fluviales. Dejaron el coche en Proctor y Collins, solo, se dirigió hacia la casa.

Ésta era una verdadera colmena. Chiquillos portorriqueños, italianos, panameños, jugaban en los corredores persiguiéndose. Salía olor a comidas fuertemente salpimentadas, de todas las puertas.

Llegó al número

y llamó. Nadie respondió. Un chiquillo se le quedó mirando.

—¿Busca usted a Walsh?

—Sí.

Sacó una moneda de cincuenta centavos y se la tendió. El chiquillo la hizo desaparecer rápidamente.

—Está dentro.

—Pues no contesta nadie.

—Yo lo vi entrar esta tarde. Venía con un amigo. Collins se alertó.

—¿Con un amigo? ¿Y no han vuelto a salir?

—El amigo, sí.

Collins volvió a llamar, fuertemente. Nada, silencio.

Miró al chico.

—Vete a jugar... Vamos, fuera de aquí.

El chico salió corriendo. Collins apoyó el hombro contra la puerta y empujó. La puerta resistió.

Empujó más. Inútil.

Se echó hacia atrás y pegó una patada a la cerradura. Los tornillos de ésta saltaron y la puerta se abrió.

Y allí estaba Walsh, efectivamente. Sólo que alguien le había metido una bala en la cabeza.

Yacía en el suelo, agarrado a la pata de una mesa, como si en los últimos momentos hubiera querido ponerse en pie, erguirse.

Collins lanzó una mirada a su alrededor, fijándose en todos los detalles y luego salió. El chico y otros dos o tres, lo contemplaban asombrados.

—Escucha, hijo, ¿cómo era el hombre que vino con Walsh?

—Yo...

Una mujer desgredada apareció en una puerta.

—Jimmie, ven aquí. Usted...

—Señora, ¿es hijo suyo?

—Sí.

—Chico, ¿cómo era ese hombre?

—Pues... no me fijé...

—Jimmie, no abras la boca. Usted, ¿quién es? Puedo llamar a la policía sí...

—La policía soy yo, señora. Ahí dentro se ha cometido un crimen. No se les ocurra tocar nada.

—¿Un crimen? ¡Santa Madona! ¡Un crimen!

—No toquen nada. Vuelvo enseguida.

Lo hizo, con sus agentes, que le esperaban en el coche. Inmediatamente radiaron un mensaje al Edificio Federal para que viniera un equipo preparado para buscar huellas.

Cuando dos horas más tarde se presentó ante su superior, su semblante estaba bastante menos alegre.

—Ha ocurrido lo imprevisto, señor —dijo sencillamente—. Nos han madrugado, como dicen en Méjico. Sencillamente, se nos han adelantado.

—Pero... ¿cómo diablos?

—O ese tipo Walsh se fue de la lengua o Lincoln recordó quién era el posible testigo. Y lo han silenciado.

—Total, que no tenemos caso.

—No, señor. No lo hay. No éste. No podemos atacar a Stec por ahí. Habrá que hacerlo de otro modo. Lástima, había puesto muchas esperanzas en ese Lincoln. No me parecía un hombre muy capaz de resistir el miedo a la silla eléctrica.

—Podemos hacerle creer que el testigo no es Walsh, sino otro.

—No lo creerían. Sencillamente, no puede haberlo. Tenemos que... Tragó, saliva.

—Tenemos que soltarlo. Se van a reír de nosotros. Hasta que comencemos de nuevo.

Dio un fuerte golpe en la mesa.

—Lo siento, señor.

—Yo hubiera hecho lo mismo, Collins. Bien, hay que empezar de nuevo.

—¿Se sabe algo de los hombres que seguían a «Greyhund» Charles?

—Charles está en un hotel. En el «Sheraton».

Collins miró el reloj.

—Un poco tarde es, pero quizá vaya a hacerle una visita.

—Collins, Woll está en el salón de interrogatorios. ¿No quiere echarle una ojeada?

—Sí, lo haré.

Bajó al piso primero. La gran sala estaba llena de humo. Frente a una mesa en la que había un potente reflector, estaba Woll. Era un hombre alto y gordo, con escaso pelo rubio que llevaba pegado al

cráneo. Parecía muy tranquilo, pero grandes gotas de sudor corrían por su frente y sus mejillas.

Collins hizo una seña a uno de los agentes y éste se apartó hasta un rincón.

—¿Ha dicho algo?

—Insiste en negar. No sabe nada, es inocente, y jamás vio a Spezia.

—¿Qué no le vio?

—Quiere decir que nunca tuvo tratos con él.

—Bueno, vamos a comprobarlo.

Dio una vuelta y se situó tras la mesa. Woll levantó ojos y parpadeó. Sabía que había un nuevo hombre dispuesto a interrogarle.

—Woll.

—¿Sí, bueno? ¿Cuánto tiempo va a durar esto? Ya he dicho que quiero hablar con un abogado.

—No veo ningún inconveniente, después de que nos diga una cosa.

—¿Qué cosa, agente?

—¿Por qué mató usted a Spezia? ¿Quién se lo ordenó?

—¿A Spezia? Pero si ya he dicho a estos ti... a estos agentes que yo sólo había visto a Spezia un par de veces...

—No mienta, Woll. Usted mató a Spezia porque alguien se lo encargó. Lo mató usted de una puñalada por la espalda en su salón de peluquería.

—No me haga reír. ¿Por qué iba yo a haber hecho una cosa semejante?

—Porque alguien se lo mandó. Porque Spezia había recibido una orden y la había desobedecido.

—¿Sí? Todo eso es chino para mí, agente. Quiero halar con mi abogado.

—Sí, enseguida. Usted entró en el salón de peluquería, habló con Spezia y le metió un puñal en la espalda, En el salón no había nadie en ese momento.

—Entonces, ¿cómo suponen ustedes que yo entré y...?

—Muy sencillo.

Collins hizo una pausa. Un silencio que se prolonga casi tres minutos porque estaba meditando.

Y lo que pensaba no le gustaba nada. Estaba pensando en Walsh, muerto de un tiro porque había sido testigo de un hombre.

Y porque tenía miedo de que le pudiera ocurrir lo mismo a otros testigos, si descubría su juego demasiado precipitadamente.

—Bien, Woll, hay un testigo:

—No me diga.

—Bien, no se lo digo. Pero de aquí va usted a ir a una prisión y lo vamos a enjuiciar. Es inútil que llame, a su abogado para que pongan fianza por usted. No la vamos a admitir.

—Usted...

—Sí, yo. Ya le dirá usted al juez lo que quiera pero... usted va a la prisión ahora mismo. Llame a su abogado si quiere.

Cuando el otro tendía la mano hacia el teléfono...

—Woll, si habla, se le tendrá en cuenta. Si nos dice quién le ordenó matar a Spezia, puede usted salir mucho mejor librado.

—No sé de qué me está hablando.

—Llame a su abogado.

Salió de la sala de interrogatorios y se dirigió a su despacho. Pulsó el timbre y uno de sus agentes apareció.

—En el número 435 de Sackville hay una mujer casi paralítica. Ella oyó un grito la noche que mataron a Spezia y luego vio salir corriendo a un tipo gordo. Se lo dijo a un vecino y éste le recomendó que guardase silencio.

Pensó un momento. Era curiosa la manera como se había enterado Valenti de la existencia de aquel testigo. El vecino necesitó dinero y pensó en pedirlo a uno de los «prestamistas» de Valenti, los que cobraban dos dólares por uno prestado... cada semana. Cuando le dijo donde vivía, el prestamista le preguntó si sabía algo del crimen cometido en aquella casa. El hombre repitió lo que le había dicho la mujer. Y Valenti recibió y retuvo la información.

—Se llama *mistress* Callamy, y es viuda. Vive de una pequeña pensión. Hay que protegerla de la manera que sea. Aunque sea sacándola de la casa y metiéndola en un hospital. ¿Me ha entendido? Rápido.

El agente salió corriendo. Collins sintió que las manos le transpiraban. ¿Y si también *mistress* Callamy...? Bueno, no quería pensar en ello, sencillamente.

Y como tampoco quería quedarse quieto, cogió su gabán y bajó

al coche. Aquella noche prometía ser movida.

Frente al «Sheraton» había un coche, con dos agentes. Se dirigió hacia ellos, abrió la puerta y se coló dentro del coche.

—¿Qué hace «Greyhound» Charles?

—No ha salido.

—¿Han hablado ustedes con el telefonista del hotel?

—Le hemos ordenado que anote todas las llamadas que haga ese tipo y todas las que reciba. ¿Quiere que entre para ver si ha hecho alguna ya?

—Yo mismo lo haré.

Cuando entraba en el *hall* del hotel, vio que en uno de los sillones estaba sentado el hombre que acababa de llegar de Chicago. El mismo «Greyhound» Charles en persona. Leía una revista, con las largas piernas estiradas. A su lado, sobre una mesita, había un vaso de *whisky* con hielo.

Collins le dirigió una rápida mirada al pasar y luego se dirigió al encargado de la centralita. Colocándose de forma que Charles no pudiera ver lo que hacía, enseñó la placa. El telefonista asintió.

—No le han llamado ni ha hecho ninguna llamada señor.

—Bien, tan pronto lo haga... llame al

F. B. I. Y...

una cosa. Si ese hombre se entera de que lo vigilamos usted lo va a pasar mal.

—No soy un estúpido —rezongó el hombre—. Ustedes me piden una cosa, y yo la hago. No me meto en más líos.

—Bien, más vale que lo tenga en cuenta, de todos modos.

Abandonó el mostrador y se dirigió hacia la puerta. Charles seguía en la misma postura. Pero Collins estaba seguro de que no había pasado la hoja.

Llegó hasta el coche de los agentes.

—Es preciso que uno de ustedes se meta en *hall*. Ese tipo no ha hecho ninguna llamada ni le han llamado a él. Puede estar esperando que alguien le hable o le diga algo pero no por teléfono, sino personalmente. Quiero que si alguien se le acerca, sea seguido a todas partes.

—Conformes.

Collins abrió el comunicador de la radio y el telefonista del Edificio Federal le respondió.

—Hay un comunicado para usted, míster Collins. El agente que fue a la calle de Sackville dice que la persona a la que tenía que ver...

El corazón de Collins se paró una pulsación.

—... se niega a abandonar su casa.

—Comunique con él si puede y dígame que voy yo para allá.

Subió a su coche y se dirigió hacia la calle de Sackville. Ante el número 435 había un coche parado. El frío era tan intenso que la calle estaba vacía.

En el piso bajo de la casa estaba la peluquería que perteneciera a Spezia, el hombre que según Valenti había sido muerto porque se había negado a decir dónde estaba su hermano, al que el Sindicato buscaba porque pensaban que se había largado con fondos del Sindicato procedentes del sistema de «protección».

Ascendió un tramo de escaleras de madera y llamó a una puerta. Su agente le abrió.

CINCO

—¿Dónde está?

—Aquí —respondió una voz.

Una mujer joven estaba sentada en una silla mecedora, junto a una mesa en la que había una luz con pantalla. Tenía el pelo rubio claro, y los ojos muy azules. Su cara era de una palidez extraña.

—¿*Mistress* Callamy?

—Yo soy.

—¿Le ha dicho mi agente...?

—Me ha hablado de no sé cuántas cosas raras.

—No son muy raras, *mistress* Callamy. Simplemente...

Lanzó una mirada a lo que estaba haciendo la mujer. Un oso con lanas de colores. Prácticamente, la habitación estaba llena de aquellas lanas y de muñecos fabricados con ellas.

—¿Está mirando lo que me da de comer, señor? Hago estas cosas porque me permiten trabajar sentada. Y mi corazón requiere reposo.

Mientras hablaba, seguía moviendo las manos para enhebrar aquellos trozos de lana.

—Bien, lo siento, pero... *Mistress* Callamy, no quiero asustarla. Pero usted, en este momento, quizá se encuentra en peligro.

—Yo estoy siempre en peligro, agente. Los médicos me lo han dicho en todos los tonos y muchas veces. Siempre. Mi corazón puede fallar de un momento a otro.

—Lo siento, repito pero no es a ese riesgo al que me refiero. Yo me refería a que hace unos meses, exactamente en el mes de mayo, usted oyó un grito en la peluquería que hay en el piso de abajo. Y cuando se asomó a la ventana, vio a un hombre salir huyendo del establecimiento. ¿Es cierto?

—Lo es.

—Pues ése es precisamente el peligro.

—¿Por qué?

—¿Cómo no lo comunicó a la policía, al enterarse después que habían matado al peluquero?

—Porque...

Ella levantó hacia Collins sus claros ojos azules.

—Se lo expliqué a un vecino mío. Él me dijo que si lo contaba a la policía, ésta me trastornaría por completo. Me interrogarían, me enfrentarían a los sospechosos y me matarían a disgustos. Eso fue lo que me dijo. Y yo lo creí.

Collins sacó una fotografía del bolsillo.

—¿Era éste el hombre que salió huyendo de la peluquería aquella noche?

Le estaba mostrando una fotografía de Woll.

Ella la miró. Se encogió de hombros.

—Pudiera ser... Podría ser que sí. Pero no había demasiada luz. Era un hombre corpulento, más bien gordo. Sí, pudiera ser. Casi seguro que sí.

—Pues en ese caso... *Mistress* Callamy, usted debería haber hablado con la policía, de todas maneras, pese a lo que le dijo su vecino.

—Quizá sí, pero pensé que acortar aún más la poca vida que al parecer me queda, no representaba para nadie una ventaja.

—La policía hubiera tenido en cuenta su estado *mistress* Callamy.

—Es posible. Bien, ¿por qué ahora quieren ustedes...?

—Porque está usted en peli... Bueno, está en peligro de morir, y no de un ataque al corazón, precisamente.

—¿Pues... cómo?

«Cuidado, Collins, es una enferma».

—Pues... hay gentes que tienen mucho interés en que usted no reconozca a este hombre. Me refiero a que lo identifique ante un tribunal. Pero no se preocupe. El lugar al que la llevaremos es... un sanatorio, un sitio en que estará usted perfectamente atendida y donde no corra peligro.

—No deseo moverme de mi casa. He de fabricar estos muñecos para poder vivir.

—El Estado se ocupará de usted. *Mistress* Callamy, ¿tiene usted miedo?

—No.

—De todas formas, no podemos dejar que usted permanezca en este lugar. Mire, *mistress* Callamy...

Se sentó junto a ella. La joven lo miraba con atención.

—Necesitamos condenar a ese hombre. Es un criminal. Mató no por odio ni por venganza ni por una alteración momentánea. Asesinó porque le ordenaron hacerlo así. Es un pistolero, un hombre que ha hecho del matar un medio de vida. Necesitamos condenarlo para que otros como él, y los hay, comprendan que no pueden burlar a la justicia, usted tiene que ayudarnos, señora.

—Yo, poco puedo hacer. Pero una de las cosas que no haré es moverme de mi casa. No pienso hacerlo, míster...

—Collins.

—Míster Collins, compréndalo. No quiero moverme de aquí. ¿Qué me puede ocurrir si no lo hago?

—Pues... pueden...

—¿Matarme? ¿Cree que en mi situación me importa?

—*Mistress* Callamy. ¿No quiere ayudar a la justicia?

—Sí.

—Si es usted llamada a declarar, ¿lo hará?

—Sí.

—Pues nos es usted muy necesaria. En un sanatorio.

—No quiero moverme de aquí.

Collins comenzó a irritarse.

—Debe usted comprender...

—No *debo* entender nada, míster Collins. No deseo moverme de mi casa, ni siquiera para ir a un sanatorio.

—Pero... ¿y si yo ordenase que la llevasen a usted...?

—¿Haría usted eso con una mujer enferma de gravedad?

—Diantres...

Se puso en pie y paseó por la habitación.

—¿Se niega, definitivamente?

—Sí, míster Collins. Crea que lo siento, pero... no me moveré.

Sus manos continuaron su trabajo. Con la cabeza baja, observaba el efecto que formaban aquellos trozos de lana coloreados.

—¿Definitivamente?

—Definitivamente, míster Collins.

—En ese caso... ¿le importaría que alguien... algunos de mis

agentes se vinieran aquí para protegerla?

—¿Tan necesario es?

—Sí, *mistress* Callamy. Le voy a ser... brutalmente sincero. Hoy mismo han matado a un hombre que podía declarar en contra de otro de esos asesinos. ¿Qué me dice a eso?

—¿Se atreverían contra una pobre mujer enferma?

—No lo dude: Sí.

—En ese caso... pueden vigilarme, pero, no en mi casa.

—Un par de agentes aquí la molestarían poco.

—En mi casa, no. Mi casa es mi santuario. Lo dicen las leyes que heredamos de los ingleses. Estoy en mi derecho.

Collins se paró para observarla. No sabía si desesperarse o echarse a reír. O aquella mujer no comprendía en absoluto o...

—*Mistress* Callamy, si usted no nos ayuda un poco, un poquito...

—Deseo ayudarles. Cítenme para declarar y diré lo que sé y lo que vi, pero lo demás... Lo siento. No.

—Está bien. *Mistress* Callamy, no sé si llamarla inconsciente o... Le tomó la mano que ella le tendía.

—... o muy valiente. Pero que conste que si usted quisiera...

—Lo siento. No me moveré de aquí.

—Está bien, repito. Adiós, *mistress* Callamy. Y si cambia usted de idea, de un simple telefonazo a este número y tendrá usted la protección, toda la protección que las leyes americanas pueden brindar a una persona.

—Gracias.

Cogió el número del teléfono y lo dejó sobre la mesa. Los dos agentes salieron.

—Ésta es una de esas ocasiones en que... me gustaría no pertenecer al

F. B. I.

—dijo Collins furiosamente—. O tener la suficiente... energía para sacarla de aquí pese a su resistencia. Y aún no estoy seguro de no hacerlo. Bien, usted y dos hombres más van a vigilar esta casa y no va a entrar en ella ni un gato callejero sin que le den el alto. Le enviaré policías para que le ayuden. ¿Tiene la casa entrada trasera?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Ya lo he mirado.

—Bien, párese en la puerta y no deje entrar a nadie. Y... tenga la pistola preparada. Si esos tipos adivinan quién es el testigo, intentarán eliminarla por todos los medios.

—De acuerdo, míster Collins. No me distraeré. Envíe los policías cuanto antes.

—No lo dude. Lo haré. Diablos de mujer, podrá tener el corazón enfermo, pero...

Abrió la radio de su coche y comunicó con el

F. B. I.

Pidió refuerzos policíacos para el agente de la calle Sackville y luego preguntó si había alguna novedad. Ninguna.

Pasó por el «Sheraton». Los agentes de guardia le dijeron que «Greyhound» Charles no había hablado con nadie. Nadie tampoco se había acercado a él y no había intentado telefonar ni recibido ningún mensaje. Collins vaciló un momento. Luego, decidió que por aquella noche ya había habido bastante y se fue a dormir. Pero no lo logró. La imagen de la muchacha rubia, fabricando muñecos de lana para venderlos, no se apartaba de su mente.

A la mañana siguiente había varias noticias. El abogado de Woll se había presentado con un «*habeas corpus*» y se le había notificado que Woll estaba inculcado por asesinato en primer grado. No había derecho a fianza.

Y el abogado de Lincoln «Caradeporro» seguía exigiendo la libertad para su cliente.

—Tenemos que soltarlo, ya que no podemos presentar el caso contra él —dijo el

S. A. C.

—. Lo siento Collins. Podríamos retenerlo aún algún tiempo más pero...

—Lo sé, señor. Y yo lo lamento también.

Hizo subir a Lincoln.

—Estás en libertad.

—Ya me parecía a mí que cometían ustedes una equivocación, agente.

Collins lo examinó heladamente.

—Lincoln, es usted tan culpable como el mismo diablo. Pero no crea que acaba aquí la cosa.

—Bueno, ¿puedo marcharme?

—Yo mismo lo voy a conducir a casita.

—Es que *no* voy a casita.

—A dónde vaya. Mejor dicho, vamos a ir a ver a «Long» Stec.

—¿Para qué?

—Eso es cosa mía, Lincoln.

Lo cogió del brazo y lo empujó hacia la salida. El abogado de Lincoln se les reunió.

—¿Dónde lleva a mi cliente?

—Puede venir con nosotros si quiere. Vamos a ver a Stec.

—¿Para qué?

—Cosa mía.

Stec los recibió en su despacho. Su cara no reflejaba emoción alguna.

—¿Ve usted como era una equivocación, míster Collins? Considero a Lincoln incapaz...

—Deje eso, Stec. Ya hemos hablado suficientemente de ello. El testigo que teníamos ha sido... silenciado perfectamente.

—Lo siento, pero... no creo siquiera que hubiera tal testigo.

—Oh, sí. Walsh, el hombre que acompañó a Lincoln cuando éste mató a Levin.

—No hay pruebas, usted mismo lo ha dicho.

—Bueno, las encontraremos. Lincoln, usted no se mueva de la ciudad, porque lo detendríamos inmediatamente.

—No piensa moverse de aquí, ¿verdad, Billy?

—Claro que no, patrón.

—Míster Collins, ¿me permite una pregunta?

Era lo que Collins estaba esperando hacía un rato. Era en realidad motivo de haber ido hasta allí.

—Hágala.

—Si ustedes tenían sospechas de Lincoln, ¿cómo es que no lo detuvieron antes? Han pasado bastantes meses desde el asesinato de Levin.

—Muy sencillo. No supimos de ese testigo hasta hace un par de días.

Todos los ojos estaban fijos en él.

—Alguien nos lo dijo.

—Supongo que no querrá decirnos el nombre de la persona que

difamó a Lincoln.

—Claro que quiero.

—¿Quién?

—El mismo Walsh.

En los ojos de Stec pudo ver una expresión de asombro. Collins había disparado alto, y casi había acertado.

—Pues... Bien, creo que el asunto está cerrado, ¿no?

—No del todo. Ni mucho menos. Hay otro testigo.

—¿Otro? Me parece, míster Collins, que usted se saca testigos de todas partes.

—Puede llamarlo como quiera.

Cogió el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Lincoln, no se mueva de la ciudad.

Cerró tras de sí. Un individuo lo acompañó a la salida. Cuando subió al automóvil estaba pensando furiosamente.

Stec no se había sorprendido... Charles no se había comunicado con nadie... Si en estos momentos no estaban intentando averiguar a toda velocidad el paradero de Valenti, sería capaz de comerse su sombrero.

Bien, había la tercera pista. Valenti había sido bien solícito.

Abrió el intercomunicador.

—Intervengan el teléfono de Hirsch —dijo.

Jean Hirsch. El tercero de los jefes del Sindicato en la ciudad.

Hirsch, que vivía modestamente en una casita en Martín Plains.

Hirsch que cobraba una cantidad extraordinaria cada vez que una chica alegre acompañaba a un comerciante acaudalado para que no se aburriese durante una estancia en la ciudad.

Hirsch, que recibía una cantidad pequeña, pero siempre substancial, cada vez que una casa de mala nota (alguna palabra había que emplear) abría sus puertas más o menos clandestinamente.

Hirsch, el...

Detuvo el coche en la casa de Martín Plains. Un cuidado jardín, cubierto por la nieve que había dejado de caer hacía un rato, y al fondo del jardín una casa de dos pisos pintada de amarillo.

Llamó a la puerta del jardín. Una voz preguntó por el altoparlante quién quería entrar.

—Quiero ver a míster Hirsch. Policía.

La puerta se abrió. Un sendero nevado conducía a la casa. La puerta de ésta estaba abierta.

Y ante el umbral, un hombre, en mangas de camisa.

Una nariz ganchuda, un pelo negro ya escaso en la parte anterior de la frente. Unos ojos ligeramente rasgados... Hirsch. Había visto su fotografía en los archivos del

F. B. I.

—¿Míster Hirsch?

—Sí, desde luego. Hace mucho frío, ¿verdad? Pase Tomaremos una taza de té. Precisamente iba a tomar una...

Collins miró a su alrededor. La casa no podía ser más parecida a muchas de honrados comerciantes o de empleados de cinco mil dólares al mes. Una mujer más bien gruesa, de cabello y tez morena, envuelta en una bata amarilla, estaba sentada ante una mesita en la que había un servicio de té.

—¿De veras no tomará una tacita?

—Gracias, no. Quiero hablar con usted... en privado si es posible.

—¿Dijo que era policía? ¿Podría ver sus credenciales si no le importa?

Collins se las mostró.

—Ah, policía federal. Rosie, cariño, si quieres dejarnos solos un momento...

La mujer inclinó la cabeza y desapareció.

Y Collins se encontró a solas con aquel honesto marido... cuyos ingresos se calculaban en por lo menos dos millones al año, y todos procedentes de algo tan asqueroso como...

Sintió náuseas. Se reprimió con un violento esfuerzo.

—Míster Hirsch, he venido para preguntarle sobre...

—Diga, diga.

El hombre había vuelto hacia él sus ojos ligeramente rasgados. Unos ojos un tanto asiáticos y que revelaban una inteligencia poco común.

—Sobre Martha Bocikal.

—¿Martha... qué?

—Bocikal. ¿No recuerda?

—Lo... siento. No recuerdo ese nombre. ¿Quién es?

—Era. Era una muchacha que entró en Estados Unidos hace seis

años. Procedía de Hungría.

—Lo siento. No recuerdo... No, no recuerdo. No creo haber oído ese nombre jamás.

—Martha Bocikal. Se arrojó por una ventana de una casa en la calle Dunlap.

—Lo siento. Leo pocos periódicos y las noticias...

—La noche en que ella se arrojó por una ventana de la calle Dunlap, alguien vio que un coche había aparcado poco antes frente a la casa.

—¿Un coche? Lo lamento, pero...

—Ese alguien logró ver algo extraño en ese coche.

—Pero, míster...

—Collins.

—No comprendo lo que tiene que ver todo eso conmigo.

—Lo vio a usted, míster Hirsch.

—¿A mí?

El hombre era de baja estatura y delgado. Se irguió.

—Pero... ¡eso es una tontería! Ni siquiera sé dónde está la calle Dunlap.

—Puede mirarlo en un plano de la ciudad. Lo vio a usted. Muy claramente.

—Pero esa persona miente, naturalmente. Jamás salgo de noche...

—No mienta, por favor.

—¡No miento! Esto... esto tendrá usted que probarlo.

—Lo probaremos. Poco después de que ese coche desapareciera de allí, la muchacha, Martha Bocikal, se tiró por una ventana. Al menos eso fue lo que creyó la policía. Pero no fue así. Fue arrojada por un hombre que huyó por la trasera del edificio, por la escalera de emergencia, y que cogió el coche de usted dos travesías más allá.

Los ojos de Hirsch se achicaron hasta parecer dos rendijas.

—Usted... Usted está cometiendo un error...

—¿Quiere enseñarme su coche?

—Pero... naturalmente. En el garaje lo tengo.

—Muéstremelo.

Hirsch se encaminó hacia la puerta. La abrió y caminó por el senderillo enarenado, ahora cubierto por la nieve, hasta llegar a la puerta del garaje. Lo abrió.

—Vea.

Un «Oldsmobile» de modelo anticuado se ofreció a los ojos de Collins. Estaba pintado de verde oscuro.

—¿Quiere decir que este coche...?

—No, éste no. El de su amigo David Beth.

—¿Mi amigo David...?

—¿Acaso no lo conoce?

—Pues... he tenido algunas relaciones comerciales con Beth, pero... ¡Esto es absurdo!

—Bien, aunque sea absurdo, quedará pronto demostrado. Beth era el hombre que fue visto salir huyendo de la casa donde estaba Martha Bocikal.

—¡No puedo creer que alguien haya lanzado sobre mí, semejante difamación!

—Pues lo han hecho.

—Y... ¿qué piensan hacer ustedes?

—Saber qué hacían ustedes en aquel coche aquella noche.

—Por mí... pueden investigar mi vida...

—Está investigada, míster Hirsch.

—Eso... ¿es una amenaza?

—Puede tomarlo como quiera.

—Llamaré a mi abogado.

—Es usted muy libre de hacerlo. Llámelo.

Se dirigió hacia la puerta del jardín.

Hirsch lo miró alejarse con una expresión de asombro. Luego su rostro cambió. Con el rabillo del ojo, Collins vio que se dirigía al interior de la casa.

Ya estaba allí. Abrió la radio.

—¿Preparados para la intervención del teléfono de Beth?

—Preparados —respondió la central del

F. B. I.

—Va a recibir una llamada inmediatamente. Al menos eso es lo que espero.

Puso en marcha el coche, lentamente, con la radio abierta. Un momento después una voz salió del altavoz.

—¿Míster Collins?

—Sí.

—No se ha registrado ninguna llamada a casa de Beth.

—Continúen interviniendo el teléfono.

Hirsch había sido demasiado listo. No había llamado a su lugarteniente al momento. Bien, había que actuar.

La casa de Beth era un edificio de apartamentos en la calle Michigan. Un poco más allá de la puerta había un camión de reparto, con el capot abierto. Dos hombres se afanaban en las entrañas del motor. Collins anduvo por la acera hasta llegar a la altura del camión, y se metió en una droguería. Uno de los mecánicos lo siguió, limpiándose las manos con un trapo sucio.

Collins pidió una
coca-cola.

El mecánico, una tónica.

—¿Sí? —preguntó Collins en voz baja.

—Está en casa.

—Sígalo tan pronto salga. Avisen al edificio para que lo detengan en cuanto yo de las órdenes.

—Conforme.

Bebieron y Collins salió. Subió a su coche y se alejó. Parecía que pronto volvería a nevar.

SEIS

La radio comenzó a hablar cuando llegaba al cruce de De Soto y Cameron.

—Míster Collins, le habla el agente encargado en mando.

—Hable, señor.

—Collins, hay noticias. «Greyhound» ha liquidado la factura del hotel y se dirige en estos momentos hacia el aeropuerto.

Collins aspiró el aire profundamente.

—¿Seguro?

—Casi no hay duda. Su destino parece el aeropuerto.

—¿Quién ha hablado con él?

—Un individuo entró en el *hall* del «Sheraton» y le pidió lumbre.

—¿Siguen a ese hombre?

—Lo tenemos vigilado en un bar de Philadelphia Road. No parece que sepa que lo seguimos.

—No lo pierdan de vista. Voy al aeropuerto. Avisen allí que «Greyhound» no debe salir bajo ningún pretexto. Voy a detenerlo.

—¿Lo va a hacer, Collins?

—Sí, señor. Comuniquen a San Francisco que estén preparados para enviarnos una orden de detención contra él acusándolo de cualquier cosa. Quiero hablar con él.

—Conformes, Collins. ¿Algo nuevo?

—Informaré de palabra, señor.

—Corto.

Dio la vuelta y emprendió rumbo al norte, hacia el aeropuerto. Así que «Greyhound» había recibido orden de que el «contrato quedaba liquidado» y el muy imbécil se apresuraba a marcharse. Bien, pues se iba a encontrar con algo que no esperaba.

Llegó al aeropuerto. Apenas entró en la gran sala de espera, un hombre se le acercó andando lentamente.

—Está en el despacho de billetes.

—Vamos.

Bobby «Greyhound» Charles, volvió la cabeza cuando ambos hombres se le acercaron. Collins se le colocó a la derecha y el otro agente a la izquierda.

Y más allá quedaron otros dos agentes a la expectativa.

—¿Robert Charles? —preguntó Collins.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Va usted a venir con nosotros.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque se lo pido yo. No haga resistencia, se lo advierto.

La cara de Charles, en la que se destacaba su torcida nariz, se volvió hacia los dos policías que esperaban un poco más lejos.

—¡Cuánta gente! Esto parece una playa en agosto.

—Vamos, venga.

—Bueno.

Se colocaron junto a él y lo condujeron hasta el automóvil. Durante todo el camino, ninguno de ellos habló. Cuando llegaron al Edificio Federal, lo llevaron a la sala de interrogatorios.

—Bueno, Charles, ¿qué hace usted en la ciudad?

—Me iba.

—¿Qué vino a hacer aquí?

—A dar un paseo.

—¿Un paseo de miles de millas desde San Francisco?

—Nadie me dice a mí cuánto tienen que ser los paseos.

—Pero alguien le dijo en este caso que viniera. ¿Para qué?

—Nadie me dijo nada. ¿Estoy detenido?

—Está siendo interrogado. Vamos, hable.

—Vine porque quise hacerlo. De ahí no me van a sacar.

—¿Qué le parecería una acusación de asesinato?

—Prueben a hacerla. ¿A quién se supone que he matado?

—Encima de usted hemos encontrado un «Colt» calibre 38. ¿Para qué lo quería?

—Pues... uno tiene enemigos. Ya sabe, cuestión de faldas. Y me gusta andar prevenido.

—Usted no tiene permiso para portar armas.

—Bueno, ya sabe usted, esas cosas ocurren siempre. La pistola estaba descargada.

—Pero no tiene permiso. Eso le va a costar un buen tiempo a la

sombra.

—Bueno, ¿puedo llamar a un abogado?

—Puede hacerlo cuando terminemos, no antes. Así que nadie le ordenó venir, ¿no es eso?

—Nadie. Vine porque quise.

—¿Cuándo tenía que acabar con Valenti?

—¿Con quién ha dicho?

—Con Louis Valenti.

—No sé ni quién es. Bueno, vamos a dejar el juego, porque a mí no me han servido cartas. Ustedes me hablan de gente que ni siquiera conozco.

—No hace falta conocer a una persona para cumplir un «contrato».

—¿Un qué?

—Un «contrato» de asesinato.

—No sé de qué me hablan.

—Usted vino aquí a cumplir un «contrato». Tenía que matar a Valenti. Pero alguien le ha dicho que ya no era necesario.

—No comprendo nada de lo que dicen.

Un detective entró en la sala y le dijo unas palabras a Collins. Éste ordenó que siguieran interrogando a Bobby «Greyhound» Charles y salió.

—Han seguido y atrapado al tipo que pidió fuego a Charles en el hotel «Sheraton». Es un «pájaro de la nieve».

—¿Lo han traído?

—Sí, está en su despacho.

—Vamos.

El hombre era un típico drogado. Pupilas contraídas, movimientos nerviosos, cara de depauperado.

Miró a Collins cuando éste entró.

—¿Cómo te llamas?

—Yo... Yo no sé lo que quieren ustedes.

—¿Tu nombre?

—Mike Learte.

—Bien, Learte, ¿qué le dijiste a un hombre en el *hall* del «Sheraton»?

—¿Yo? Yo no he dicho nada a nadie.

—¿Para qué fuiste allí?

—Pues... Pasaba, y necesitaba lumbre para mi cigarrillo, y la pedí a un hombre que estaba allí.

—¿A uno que tiene la nariz torcida?

—Sí, justo a ése.

—¿Qué le dijiste?

—Que me diera lumbre y... nada más.

—Escucha, Learte, te vamos a encerrar. Te vamos a dejar sin «nieve» hasta que te pudras y grites como un niño al que le quitan el pecho de su madre.

—Pero... ¿por qué?

—Porque no quieres hablar. Por eso.

—Pero si yo no tengo nada que decir...

—Cállate, entonces. Vamos, lleváoslo al calabozo y dejadlo que se pudra allí. Nadie va a protestar por eso.

—Un abogado...

—No te hace falta. Vamos, fuera.

—Espere, usted... ¡usted no puede hacer eso!

—¿Dejarte sin la droga? Claro que puedo. Y es lo que voy a hacer.

—Pero... espere, agente. ¡Espere, por Dios!

—¿Qué dijiste a Charles?

—Le dije... ¿me dejarán libre si lo hago?

—Sí, hombre, quedarás libre.

—Le dije: «Puedes volverte. Asunto concluido».

—Muy bien. Y... ¿quién te había dicho que le dijeras eso?

Una expresión de miedo apareció en la cara de Learte.

—Yo... No recuerdo. Un tipo, en la oscuridad.

—¿Quién, Learte? ¿Quién? O te envío a la cárcel. Tú verás.

—Pero si le estoy diciendo...

—¿Quién?

Learte claudicó abyectamente.

—Un tipo amigo, un tal «Swing». No sé su nombre verdadero. Me dio cinco dólares y una ración de «nieve» por hacerlo.

—¿Dónde te lo dijo?

—Pues en un bar de Proctor. Me dijo que tenía que hacerlo aprisa. Y yo fui y se lo dije a ese tipo. Eso es todo.

—Bueno, ¿quieres seguir ahora en libertad?

—Yo... este... sí.

—Soltadlo.

Lo sacaron de la habitación. Collins dio órdenes de que lo siguieran sin perderlo de vista y que vigilasen también a todo el que hablara con él. Y que averiguaran quién era «Swing». Quizá hubiera algo sobre él en los archivos.

Volvió a la sala de interrogatorios y se instaló ante «Greyhound» Charles.

—Bien, Bobby. Así que te dijeron que «podías volverte». Que el asunto estaba concluido.

El otro alzó la cabeza. Su nariz parecía más torcida que nunca.

—Quién les ha dicho eso miente.

—No miente. Bien, Charles, estás listo. Completamente listo. Cuando te presentes ante un juez vamos a ver qué asunto era ese que ya estaba concluido. Pero ahora vas a ir a la cárcel por tenencia ilícita de armas, y acusado de intento de asesinato. Llévao. A menos... a menos que quieras decir quién le dio el contrato para matar a Valenti.

—A mí no me asustan ustedes, polis. No voy a abrir la boca antes de haber hablado con un abogado.

—A la cárcel con él. Que no hable con nadie.

—Esto es un atropello.

—No, muchacho. En este momento nos han comunicado de Frisco que te andaban buscando por asalto a mano armada.

—¡A mí!

El hombre estaba francamente sorprendido. Decir sorprendido era poco en realidad. Estaba asombrado hasta el colmo.

—¡No pueden culparme a mí de nada de eso!

—Vaya si pueden, Charles. Estás listo, te digo. Cuando salgas de aquí, lo vas a hacer esposado para verte ante un tribunal en Frisco. Vamos, llevaos a esa basura.

Apretando los dientes, Charles salió. Collins se retrepó en su asiento. Bien, por el momento.

Un agente entró.

—Beth ha recibido una llamada telefónica de Hirsch.

—¿Qué le ha dicho?

—Que tiene necesidad de verlo urgentemente para un negocio.

—¿Dónde?

—En el lugar de costumbre. No ha dicho cuál es ese sitio.

Collins pensó durante un momento.

—Bien, Beth está vigilado. Tan pronto se reúnan, iremos a hablar con ambos.

Martha Bocikal. Huyendo de Hungría cuando la sangrienta revolución de octubre de 1956, llegó cuatro años después a Estados Unidos. Y cayó en las garras de Hirsch y de sus compinches. Le ofrecieron un trabajo como artista en uno de los *cabarets* y de allí la fueron hundiendo lentamente en el vicio. Esto es lo que había contado una de sus compañeras cuando Martha «se cayó» por una ventana de un edificio en la calle Dunlap, donde vivían varias de aquellas muchachas. No había habido manera de que la policía sacase más información a la amiga. Pero Valenti sí sabía algo más. El chófer que la noche en que murió Martha conducía el coche de Beth, el lugarteniente de Hirsch, tenía un hermano que era uno de los guardaespaldas de Valenti. Los dos hermanos hablaron y... Valenti se enteró de la historia. Había sido Beth quién tiró a la chica por la ventana porque quería abandonar el «oficio». Había encontrado una plaza de camarera en Tuscaloosa y la había aceptado.

Hirsch decidió que era una muchacha que valía mucho y sabía demasiado y había decretado su muerte. Beth se había encargado de silenciarla para siempre.

Ahora bien, el chófer de Beth había desaparecido. Valenti había declarado en su confesión que suponía debía estar en algún lugar de la ciudad, pero bajo nombre supuesto. Se llamaba Wilson y su hermano, el guardaespaldas de Valenti, trataría de buscarlo.

Apartó aquel asunto de su imaginación. Por el momento, estaba más interesado en aquella muchacha inválida. Debería haber un medio de sacarla de su casa, ya que su declaración era absolutamente imprescindible para pescar a Stec, una vez que no habían podido utilizar a Walsh.

—Debe existir algún medio —refunfuñó—. Debe haberlo...

¿Quizá un médico? Pero, si ella seguía oponiéndose...

Dio un puñetazo en la mesa. Tenía que haberlo.

El teléfono sonó. Lo cogió.

—Le llaman de fuera, míster Smith.

—Póngale conmigo.

La voz de Hollander llegó hasta él.

—Míster Collins, ¿me reconoce?

—Claro que sí.

—Míster Collins, mi cliente le dijo que tan pronto como sus hijos estuviesen a punto de llegar, le avisase para que pudiera protegerlos.

—Bien, no llegarán hasta dentro de nueve días.

—No, míster Collins. Llegarán mañana, probablemente.

—¿Qué está diciendo? En estos momentos deben hallarse en...

—Volando por encima del Atlántico, míster Collins. Vienen en un avión. Lo tomaron tan pronto como recibieron por mí la noticia de que su padre se había entregado a las autoridades.

Diablos y más diablos.

«Por si las cosas no estaban bastante complicadas, ahora tendré que dedicarme a proteger a esos dos».

—Bien, Hollander, ¿qué quiere que haga?

—Que los proteja.

—¿Cómo?

—Eso, míster Collins, es cosa suya. Y permítame que le diga que hay alguien tratando de localizar a mi cliente.

—Lo sé. Bueno, me lo imaginaba, al menos.

—A estas alturas deben saber que se ha entregado y que ha estado hablando. Los chicos corren peligro.

—Yo mismo me encargaré de su seguridad.

—Mi cliente quiere... hechos.

—Los tendrá. Ahora mismo voy a hablar con él.

Valenti estaba en una de las pocas celdas que en el Edificio Federal se utilizaban para aquellos casos en que los detenidos no podían ser trasladados a una prisión normal.

Lo recibió en batín, fumando un grueso puro. No era un preso corriente y por lo tanto se tenían con él consideraciones que en otro hubieran estado fuera de lugar.

—Valenti, he estado hablando con Hollander.

—Lo sé, maldición. Esos chicos... no tienen miedo. En eso han salido a mí. No a su madre. Si yo hubiera sabido que se iban a descolgar por aquí, no hubiera hecho esto. Usted tiene que protegerlos.

—Ya lo sé.

—Pues... ¡hágalo, con mil diablos!

—Lo haré.

Hizo una pausa.

—Pero... Valenti, ¿qué hay del chófer de Beth?

—Mis hombres lo están buscando.

—¿Sus hombres?

—Bueno, los que aún me son adictos. No es fácil, ya lo sabe. En estos momentos Stec e Hirsch me deben estar buscando ya.

—Lo han hecho. Ya han asesinado a Walsh.

—Diablos, tontos no son, eso hay que reconocerlo. No esperaba menos de ellos. Mire, Tío Sam...

—Mi nombre es Collins, no lo olvide.

—Bueno, Collins, mire, yo creo que no han llevado ustedes bien el asunto. Deberían haber empezado por los bajos, en lugar de ir a las cabezas. Pero, claro, ustedes se las saben todas y quieren a los cabecillas. No es ésa la manera, no.

—Deje en paz nuestros métodos. Vamos a los suyos. ¿Por dónde puede estar ese hombre?

—Pues, ya le digo, mi muchacho está buscándolo para obligarle a hablar.

—¿Cree que lo encontrarán?

—Con un diablo, ¡no lo sé! Pero es posible que sí.

—¿Sabía usted que hicieron venir de Frisco a un tal «Greyhound» Charles para cumplir el contrato de eliminarlo a usted?

—He oído hablar de ese Charles. Es un «torpedo»... Bueno, bastante seguro. No lo sabía. Pero sí que enviarían a alguien completamente de fiar. Pero...

—¿Sí?

—¿Está aquí todavía?

—Lo tenemos en conserva.

Valenti sonrió con cierta ironía.

—¿Quieren confrontarlo conmigo?

—Eso no tendría objeto, Valenti.

—Pues... déjeme que le diga otra cosa. Charles «Greyhound» es conocido. Alguno de mis hombres... imagínese que yo no me entrego. Alguno de mis hombres lo reconoce cuando «Greyhound» llega aquí y ya está el lío armado. Yo me entero que ha llegado un pistolero del Oeste y hago investigaciones... No, míster Collins. Ni Stec ni Hirsch son tan tontos.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que en estos momentos, probablemente, anda suelto por la ciudad alguien a quien nadie conoce. Alguien que puede moverse con libertad, mientras a ustedes les echaban tierra en los ojos con la presencia de «Greyhound».

Collins se alertó. Valenti no era tonto. Y puesto que había desembuchado, no resultaría lógico que ahora tratase de encaminarlos por alguna pista falsa.

—Probablemente tiene usted razón, Valenti. ¿No tiene ni la menor idea?

—No, pero debe haberlo. Búsquenlo. Búsquenlo bien, y protejan a mis chicos o no hay caso. Ya lo ve, las cosas están así.

—Lo veo.

Salió de la celda pensativo. Sí, probablemente tenía razón. Y quizá... quizá el mismo asesino de Walsh...

Había que sacar a aquella mujer de allí...

Y cuidar a los chicos de Valenti...

Le había caído encima una cantidad extra de trabajo, eso era todo. Habría que apechugar con ella.

Repasó mentalmente el estado de las investigaciones y los sospechosos vigilados. «Greyhound» encerrado, pero sin poder hacerle hablar. Aquel «Swing» que le había advertido... lo estaban buscando. Igualmente al chófer de Beth... Sí, no quedaba más que *mistress* Olivia Callamy.

Volvió a su despacho. Cogió el teléfono y avisó al capitán Oswald, de la Metropolitana, para enterarse de cuántos hombres había enviado a la calle Sackville.

—Tres —dijo el capitán—. Supongo que habrá bastantes.

—Creo que sí. Mi hombre está con ellos.

Cuando colgaba el teléfono, le llegó un aviso de abajo. Valenti acababa de recibir la visita de su abogado. Iba acompañado por otro hombre. No les habían dejado pasar debido a esa circunstancia, pero entonces habían pedido hablar con él.

Hollander lo esperaba con otro hombre. Collins lo reconoció al instante como uno de los dos guardaespaldas que viera en el hotel de Tuskalosa cuando se entrevistó con Valenti.

—¿Sí?

—Míster Collins, este nombre quería hablar con mi cliente.

Hable, muchacho. Puede hacerlo.

—Yo... debo darle la información solamente al jefe.

—Vamos a verlo.

Valenti los recibió. Al ver a su guardaespaldas los ojos le brillaron.

—¿Sí? Habla, Johnnie.

—Verá jefe, he encontrado a mi hermano. Está escondido. Dice que no se mostrará a no ser que lo pongan en seguridad.

—Lo pondrán. ¿Dónde está?

—Pues... yo puedo llevarlos al sitio. No hablará si yo no estoy presente. Mire, jefe, he hecho lo que usted me dijo. He sacado pasajes para otro sitio, donde podremos ocultarnos.

—Nosotros les ayudaremos —dijo Collins—. Vamos, aprisa, ¿dónde está?

—¿Puedo llevarlos, jefe?

—Puedes, Johnnie, y que os vaya bien.

—Gracias, jefe.

Salieron.

—Tápese la cara con algo, Johnnie. Bájese el ala del sombrero; y cúbrase la cara con el cuello del abrigo. Vamos a salir por una puerta trasera, pero pueden estar vigilando.

—Sí, jefe.

—No soy su jefe. Llámeme míster Collins.

—Sí, míster Collins.

Salieron por la puerta trasera. Un automóvil los estaba esperando.

Había vuelto a nevar. La obscuridad se echaba encima a pasos agigantados. Salieron de la ciudad y enfocaron la Avenida Vieja del Sillatote, que bordeaba el río por la parte sur.

Los árboles descarnados dejaban ver sus ramas parecidas a esqueletos.

—Más allá, míster Collins. Es en el cruce de dos caminos.

Llegaron. Una granja vieja, en la que no se veía luz, se ofreció a su mirada.

Johnnie se apeó y fue hasta la puerta. Llamó a ella con dos golpecitos. La puerta se abrió y una cara apareció en la rendija.

—Abre, Billy. Soy yo. Y este que viene conmigo es un policía. Y hay más en el coche. Puedes salir.

El hombre apareció en la puerta.

—Johnnie —dijo en voz baja.

—Vamos, Bill. No podemos perder tiempo.

—Es que, Johnnie, he decidido no ir...

—¿Cómo qué no?

—No, no quiero...

Collins frunció las cejas.

—Vamos, salga y...

—¡Ayyy!

El disparo se confundió con el grito de Bill.

Collins echó mano a la pistola y se agachó. La segunda bala silbó por encima de su cabeza y luego se oyeron pasos precipitados que se alejaban.

—¡Bill! —gritó Johnnie.

—¡Rápido, rodeen la casa! —aulló Collins a los dos agentes que se habían quedado en el coche.

Éstos se precipitaban ya para hacerlo, cuando oyeron el ronroneo del motor. En ese momento recordó Collins que lo había estado sintiendo un momento antes, al llegar, pero había pasado el detalle por alto.

Un automóvil lanzado desde la parte trasera de la casa, alcanzó la carretera a toda velocidad. De una de las ventanillas partieron varios disparos y los agentes tuvieron que tirarse al suelo para no ser alcanzados. Collins pudo disparar pero en la obscuridad estaba casi seguro de que no había dado en los neumáticos.

—¡Al coche, pronto! —chilló.

Cogió a Johnnie del brazo.

—¡No se quede ahí, estúpido, vamos, sígame!

—Pero mi hermano...

—Lo llevaremos también.

Cogieron entre ambos el cuerpo del pistolero y lo metieron en el coche. Ya uno de los agentes estaba hablando por radio para pedir que cerrasen, a ser posible, el Camino Viejo del Sillatoe. Pero al ver el cielo y comprobar la cantidad de nieve que estaba cayendo, Collins comprendió desesperado que aquellas medidas serían escasamente eficaces. Simplemente, se les escaparían.

No obstante, empezaron a seguirles. Una persecución contra unas sombras.

SIETE

No lo alcanzaron. La radio les fue comunicando que habían cerrado el camino, pero que la mayor parte de los coches que circulaban y eran pocos debido a la nevada, no habían resultado sospechosos.

Collins bramaba de impaciencia.

Se volvió a Johnnie.

—¿Cómo no se dio cuenta de que le seguían a usted, rematado tonto?

—No... no pude saberlo. Mi hermano...

Bill había muerto. La bala le había atravesado la nuca. Collins dio órdenes de que una patrulla, con técnicos para buscar huellas, fuese a la alquería y la recorriese pulgada a pulgada. No tenía mucha confianza en conseguir nada, pero algo había que hacer.

Y cuando llegaba al edificio federal, la radio volvió a sonar.

—Míster Collins —dijo una voz tensa—. Ha ocurrido algo en la calle Sackville.

El corazón casi le paró de latir.

—¿Qué? —preguntó tragando saliva.

—Un coche lanzado a toda velocidad atravesó la calle y desde él dispararon contra el agente Westerling y los policías. El agente Westerling recibió un balazo en el pecho.

—Al mismo tiempo...

La voz del telefonista se cortó. En su lugar, la del S. A. C.,
dijo:

—¿Y... la mujer?

Collins cerró los ojos.

—Sí.

—Desde el coche lanzaron una granada contra las ventanas de la casa. La granada estalló en el interior de la habitación. Ésta se

incendió. Los bomberos están ahora apagando el fuego, Collins.

—¿Ha... muerto?

—Voy hacia allá, señor.

—No es necesario, Collins. Venga, quiero hablar con usted.

—Estamos llegando, señor.

El

S. A. C.,

lo recibió en su despacho. Su cara estaba pálida y los labios contraídos.

—Collins —dijo sin preámbulos—. Nos están derrotando en toda la línea.

—Lo sé, señor. Lo sé. Y lo único que puedo hacer en estas circunstancias es presentar mi dimisión, si de algo le vale.

—¡No me sirve! No quiero dimisiones ahora. Tenemos que reagrupar las fuerzas y continuar la batalla, Collins. Acabo de llamar a Washington y he presentado un informe. Espero la contestación de un momento a otro.

—¿A qué hora ocurrió lo de la calle Sackville, señor?

—A las ocho y cinco, exactamente.

—Señor... llegamos a la alquería a las siete veinte. Esos hombres... esos tipos pueden ser los mismos que asesinaron al que fue chófer de Beth.

—Sí, es posible. Ya lo he pensado.

El teléfono gris que había sobre la mesa del

S. A. C.,

sonó. Era el que unía al jefe de la delegación del

F. B. I.,

con Washington, directamente. El

S. A. C.,

lo tomó y habló un momento. Luego calló, escuchando.

—Sí, señor —dijo por fin.

Colgó.

—Collins, hay que acabar con esto, como sea. El jefe dice que tenemos carta blanca. ¿Lo ha oído? Carta blanca. Pero hay que terminar de una vez.

—Sí, señor. Lo haré.

—¿Qué nos queda después del asesinato de esa mujer y del chófer de Beth?

Collins lo miró rectamente a los ojos.

—Muy poco, señor. Muy poco. Legalmente... muy poco.

—Pues entonces... utilice ese poco. Úselo hasta que... Bueno, no quiero hablar más. Utilícelo hasta el final.

—Sí, señor. Lo haré.

—Bien, ¿qué espera, Collins?

Éste volvió a su despacho. Hizo venir a Johnnie. Éste parecía deshecho.

—Johnnie, tú querías a tu hermano. Él te dijo que Beth había asesinado a una muchacha, ¿no?

—Sí.

—¿Lo jurarías?

—Ahora, sí. Lo juraría. Me lo dijo. Que Beth había asesinado a una chica.

—Pues vas a tener que jurarlo. Quedas detenido. No quiero que hagan contigo lo mismo que con tu hermano.

—Pero...

—Estás detenido. Junto con tu antiguo jefe.

El teléfono sonó.

—¿Sí?

—Los hombres que seguían a Beth dicen que éste se encuentra en una casa en Governor Rattigan. Una casa que todo el mundo dice que le pertenece.

Collins sabía qué clase de casa era.

—¿Se ha reunido Hirsch con él?

—No, aún no. Pero Hirsch ha salido de su casa y se dirige hacia allá.

—Y yo también.

Pasó por la celda de Valenti antes de salir del edificio. El pandillero lo recibió con la cara nublada. Y miedo en las pupilas.

—¿No han podido cogerlos?

—De sobra sabe usted que no.

Y en pocas palabras le explicó lo sucedido. La cara del italiano había perdido todo el color.

—Vaya si dan a tiempo. Pero creo que ustedes no hacen las cosas bien. Y estoy comenzando a pensar que ustedes... que no estuve nada acertado en confiarme en sus manos. ¿Es que no pueden pararlos?

—Valenti, si usted tuviese que eliminar a Stec, por ejemplo, por medio de un «contrato», ¿a quién hubiese elegido?

—Míster Collins, las cosas no se hacen así. Stec no escogió probablemente al hombre que había de matarme, sino que puso en manos del Sindicato los motivos y las circunstancias. Y el Sindicato eligió.

—Pero... ¿a quién hubiera escogido usted? ¿Alguno de los pistoleros que han recibido «contrato» utiliza bombas de mano?

En los ojos de Valenti brilló una lucecilla.

—Utilizan toda clase de armas, míster Collins. Picos de partir hielo, aunque éstos ya no se usen en las casas, como en los años veinte y treinta, hachas, pistolas, cuerdas y todo.

—Valentín, hable.

—Pero si le estoy diciendo...

—Valentín, hable o sus hijos corren un gran peligro. Mucho peligro. No olvide que si no pueden alcanzarlo a usted, procurarán hacerle la mayor cantidad posible de daño. Y fue por sus hijos por lo que usted decidió retirarse de los negocios, ¿verdad?

—Sí, por ellos. Me hicieron saber qué no volverían a querer nada conmigo si no me apartaba de estas cosas. Ya ve, lucha uno porque ellos tengan un buen futuro, con dinero y todo eso, y luego... Pero estos muchachos míos no se parecen a los hijos de los demás. Me hicieron saber que querían un padre limpio, aunque estuviese en la cárcel. Y yo... Bueno, aquí estoy.

—Hable, pues.

—Hubo un hombre... un tipo alemán, que vino a América cuando terminó la guerra mundial. Era un oficial... creo que de las SS o algo así. Ese tipo era primo de un pistolero de Brooklyn, en Nueva York. Su primo lo metió en esto de los «contratos». Yo me enteré de que en cierta ocasión, en Akron, Ohio, mató a su víctima colocándole una bomba en el baño.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé.

—¿Ni cómo era?

—Yo... no lo sé. Un nombre alemán, ya le digo. Un tipo duro.

—¿No logra recordar?

—No puedo.

—¿Vive en nueva York?

—Creo que sí.

—Está bien. Veremos lo que podemos hacer.

De allí fue directamente a su despacho y dio órdenes de que transmitiesen un mensaje a Nueva York. Después cogió un coche oficial y se dirigió a la calle de Governor Rattigan.

La casa estaba situada hacia el centro de la calle. Rodeada de edificios comerciales más altos que ella, parecía una especie de enano entre gigantes.

La furgoneta de reparto estaba parada en la esquina anterior. Habló un momento con los agentes.

—Beth sigue dentro, míster Collins.

—¿Llegó Hirsch?

—Aún no... Espere.

Se inclinó sobre la radio. Una voz comunicó que Hirsch estaba llegando.

—Esperemos un momento.

Un poco después, un coche de color verde apareció en la esquina.

—No trata de ocultarse —dijo Collins apretando los dientes—. Ahora no tiene miedo, el grandísimo bastardo.

El coche se detuvo ante la casa. Hirsch bajó de él y se metió en el edificio, cuya puerta se había abierto.

—Y ahora, nosotros. Dentro de cinco minutos —ordenó Collins.

Esperaron ese tiempo y luego Collins, con otro agente, se dirigió hacia la puerta. Oprimió el timbre.

Una mujer de mediana edad, vestida con un traje de Roche, apareció en la puerta.

—¿Sí?

—Policía. Queremos ver a míster Beth y a míster Hirsch.

—Pero...

—Vamos, apártese.

Un *hall* grande, amueblado con lujo, y del que arrancaba una escalera que ascendía al piso alto. Un pequeño, pero bien surtido bar, en uno de los rincones.

—¿Es un asalto? —preguntó la mujer con tono tranquilo, pero con los ojos alerta. Del piso de arriba llegaba ruido de música y carcajadas.

—No —respondió Collins duramente—. Eso compete al

Departamento de Represión del Vicio. Sólo quiero hablar con míster Beth y con míster Hirsch. Avíselos ahora mismo.

—Venga por aquí.

Cuando se volvía para guiarlos, Collins la cogió del brazo.

—Un momento. Quiero verlos. Dígales que si no vienen, allanaremos el local y los buscaremos donde sea. Dígales eso bien clarito. ¿Ha entendido? *Quiero hablar con ellos.*

—Voy a decírselo.

Los llevó a un pequeño saloncito. Un momento después, apenas cinco minutos, aparecieron los dos hombres.

Beth era alto, de nariz ganchuda y ojos agudos. Hirsch estaba nervioso.

—Hola —dijo.

—Beth —dijo Collins sin responder al saludo—, ¿sabe usted lo que le ha ocurrido a su antiguo chófer? ¿A Bill?

—No. Lo despedí porque se emborrachaba demasiado. Ignoro dónde está.

—Lo han matado.

—¿Sí? Bueno, ya le digo que no tenía nada que ver conmigo.

—Usted lo ha hecho matar, Beth.

—¿Yo? ¿Bromea, inspector? He estado todo el día en mi casa, hasta que vine aquí, a casa de esta amiga...

—He dicho que lo ha hecho matar, Beth, no que lo haya hecho usted mismo.

—Usted bromea.

—No bromeo con estas cosas. Lo hizo matar.

—¿Por qué tendría yo que haber hecho una cosa así?

—Porque le estorbaba. Porque él vio cómo usted mataba a Martha Bocikal.

—¿A quién?

—No comencemos. A Martha Bocikal y sabe usted muy bien quién es. Usted la tiró por una ventana en la calle Dunlap.

—No sé de qué me está usted hablando.

—Beth, lo voy a detener a usted.

—¿Acusado de qué?

—Del asesinato de Martha Bocikal y de instigación a la muerte de su antiguo chófer.

Sobre una mesita había un teléfono. Lo cogió y llamó a la

Jefatura de policía. Los dos hombres se miraron, pero el agente que acompañaba a Collins sacó la «Magnum» de la funda sobaquera y les enfiló con ella.

—¿Jefatura? Aquí Collins, de la

F. B. I.

Envíen algunos muchachos para cerrar una casa de mala nota en Governor Rattigan. Traigan una orden de allanamiento.

Colgó. Se quedó mirando a los dos hombres.

—Beth, prepárese para acompañarnos. Los hemos vigilado a usted y a Hirsch. Sabemos que se han reunido aquí para hablar. ¿De qué?

—Usted no sabe nada. Yo puedo ver a mis amigos donde y cuando quiera. Y en cuanto a lo de esa muchacha... ¿tiene usted pruebas?

—Bill las tenía. Bill lo vio a usted y lo comunicó a otra persona. Esa persona declarará en el juicio contra usted. Hirsch se delató cuando lo llamó a usted.

Beth se volvió hacia Hirsch con la cara tormentosa.

—Le dije...

—¡Cállese!

Hirsch se apretaba una mano contra la otra, pero en sus ojos había aparecido una expresión que desmentía su aspecto pacífico.

—Siga —dijo Collins tranquilamente.

Beth cerró fuertemente la boca.

—No tengo nada que decir.

—Bien, ¿viene sin oponer resistencia?

—Iré. Pero no diré nada si no en presencia de mi abogado.

—Como quiera. Vamos. Usted también Hirsch.

—¿De qué me acusa a mí?

—Beth obraba siguiendo sus instrucciones y estaba usted en el coche de Beth cuando éste mató a Martha Bocikal.

Hizo una pausa.

—Y ese coche está parado ahora ante la puerta de esta casa. No han sido ustedes muy listos esta vez amigos.

Los empujó hacia la puerta. Salieron, justo en el momento en que un coche de la policía, cargado de agentes, llegaba haciendo sonar la sirena.

Collins habló un momento con el teniente de policía y luego se

dirigió al suyo.

—Usted —le dijo a su agente—. Coja el coche de Beth y llévelo al Edificio Federal. Veremos si es el mismo.

Metieron a los dos hombres en el coche del
F. B. I.,

y emprendieron el camino. Cuando llegaron al edificio los llevaron directamente a la sala de interrogatorios, y Collins hizo llamar a Johnnie. Cuando subieron a éste, le preguntó:

—¿Qué matrícula y qué coche llevaba su hermano la noche que asesinaron a Martha Bocikal?

Johnnie, mirando de una manera extraña a Beth, le dio la información.

—Cuadra perfectamente. Beth, está usted acusado de asesinato de esa muchacha.

—¿Con esas pruebas? Usted me hace reír. Eso no serviría para acusar ni a un gato.

—Conque sirva para condenarlo a usted habrá bastante, Beth. Y ahora, ¿quiere usted confesar?

—Quiero hablar con mi abogado. Esa noche estaba yo jugando una partida de póquer con unos amigos.

—¿Qué noche? Diga el día y la hora.

—Pues...

Beth se mordió la lengua.

—No diré nada sino es en presencia de mi abogado.

—Como quiera. Síganle interrogando.

Salió de la sala. El

S. A. C.,

lo esperaba. Cuando le contó lo que había hecho, el otro movió la cabeza.

—No podemos esperar una condena con eso.

—No, señor, pero al menos los tendremos en vilo.

Un agente entró con un mensaje: Era de la Delegación de Nueva York del

F. B. I.

Lo leyó rápidamente y se lo pasó a su jefe.

El informe decía que puestos al habla con la policía se sabía, en efecto, que un año antes alguien había colocado una bomba en el baño de un individuo «marcado» por el Sindicato. Se había

sospechado de un alemán nacionalizado, pero habían tenido que soltarlo por falta de pruebas. El alemán se llamaba Hans Dorfmann, aunque se hacía llamar John Duben. Estaban buscándolo discretamente.

—Hans Dorfmann, John Duben. Bien, que comiencen a preguntar en los hoteles hasta tanto nos digan en Nueva York si está allí o no.

—Ese método tan brutal... —dijo Collins pensativo—. Probablemente hubieran preferido matar a esa pobre chica a tiros o de otra manera igualmente ortodoxa, pero al ver la calle llena de policías y suponer que la vigilábamos, escogieron ese método. Desde luego cuadra con los que empleaban los nazis antes y durante la guerra. Como lo coja, le aseguro, señor, que no va a salir bien librado. Se lo aseguro. Tendría usted que haber visto a esa pobre muchacha, teniendo que fabricar muñequitos... A propósito, ¿cómo está el agente Westerling?

—Muy mal, Collins. Probablemente no pasará de esta noche. Y yo no podré dormir pensando en su esposa y en sus hijos.

—Si muere, tenemos un delito federal para meterlos a todos en donde jamás puedan hacer daño, señor.

—Sí, pero a costa de la vida de nuestros hombres.

El agente Westerling murió aquella noche. La noticia fue remitida a todas las Delegaciones del

F. B. I.

Las caras de los agentes estaban sombrías y Collins vio a muchos de ellos mirando sus pistolas con reconcentrada atención. Y en el interrogatorio de Beth, uno de ellos pegó al maleante con el dorso de la mano en la boca.

Pero a las cinco de la mañana tuvieron que permitir llamar a su abogado. Mientras tanto, estaban registrando todos los hoteles y pensiones de la ciudad en busca de un hombre cuyas señas coincidieran con las de Dorfmann.

A las seis, llegaron noticias de Nueva York. No encontraban a Dorfmann por ninguna parte en Brooklyn, su sede habitual al parecer.

—Nos han estado engañando con la presencia en la ciudad de «Greyhound» —dijo Collins a su jefe. Los dos estaban macilentos y cansados después de una noche en blanco—. Mientras tanto,

Dorfmann, si es que es él, y cada vez me caben menos dudas, andaba suelto y haciendo lo que le daba la gana.

—He dicho a la policía Metropolitana que un agente nuestro ha muerto. Ellos avisarán a sus «cucullos» de que se van a efectuar redadas gigantescas —dijo el

S. A. C.

—. Ya sabe usted lo que esas redadas molestan en los bajos fondos. Les revuelven todos sus modos habituales de vida y no les gusta. Alguno de ellos puede hablar, si es que sabe algo de Dorfmann.

—Es lo mejor que podíamos hacer, señor. Bien, yo voy a ir al aeropuerto para recibir a los hijos de Valenti.

—¿Por qué no deja eso para otro agente y usted se va a dormir un rato, Collins?

—Aguantaré, señor. Puedo hacerlo. Y no podría dormir ahora.

—Ni yo tampoco —suspiró el

S. A. C.

—. Ni yo tampoco.

Collins se fue a afeitarse y a tomar un baño y después se dirigió al aeropuerto.

OCHO

—¿Miss Spia? —preguntó Collins.

La mujer era alta. Llevaba un abrigo de piel y un gorro del mismo género. Sus ojos eran grises, muy separados, y su boca grande y generosa. El muchacho que iba con ella era alto, también, delgado y se parecía más a Valenti.

—Sí. ¿Policía?

—Agente federal.

—¿Podemos ver a mi padre?

—Sí, desde luego, pero antes quisiéramos hacerle unas preguntas.

—Vamos.

Subieron al coche. Otro vehículo, con agentes de F. B. I., los seguía.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó el muchacho.

—Bien.

—¿Está en la cárcel?

—En el Edificio Federal. Las cárceles no son muy seguras.

—No —dijo el chico amargamente—. No creo que lo sean para él.

—Ustedes lo convencieron para que se entregara, ¿verdad?

—Sí —respondió ella—. Hace mucho tiempo que se lo pedíamos. Prácticamente todo el que pasamos en el extranjero. ¿Cree usted que... lo condenarán muy duramente?

—Lo ignoro. Quizá diez o doce años. No puedo decirlo. Tiene que ser el juez.

—Comprendo. Cuando salga... será un viejo. Pero eso no nos importa. Lo llevaremos con nosotros lejos de aquí, a dónde pueda vivir tranquilo.

Collins estaba pensando que Valenti saldría demasiado bien

librado. Había hecho muchas cosas durante su vida. Había matado gente, extorsionado, cobrado réditos usurarios... Lo había hecho todo, prácticamente. Pero sus hijos no tenían la culpa. Y sin embargo, ahora llegaban para estar junto a él.

—Voy a decirles una cosa en la que quizá no hayan pensado ustedes. Van a tener vigilancia policíaca a partir de ahora.

—¿Corremos peligro? —preguntó Maddalena.

—Es... posible.

—Claro que sí —respondió el muchacho con la misma amargura—. Si no pueden hacerle algo a él, procurarán hacérselo a nosotros.

—Y nosotros procuraremos que no les ocurra nada —respondió el agente mirando la boca de la muchacha—. Pero necesitamos que colaboren.

—¿Qué clase de colaboración?

—No pongan trabas a la vigilancia que pondremos junto a ustedes.

—Oh, eso...

—No lo tome a la ligera, *miss* Spia...

—*Miss* Valenti. No pienso renegar del apellido.

—No lo tomen a la ligera. Esa gentuza ha hecho cosas, particularmente horribles. Les hablaré de ello más tarde.

—¿Vamos a ir ahora a ver a nuestro padre?

—Sí, si lo desean.

—Hemos hecho el viaje para ello.

—¿Dónde han pensado alojarse?

—No lo tenemos decidido.

—Su padre tiene muchas casas. Es un hombre muy rico...

—Ya lo sabemos —dijo el chico reconcentradamente—. Ya lo sabemos. Y también sabemos algo de cómo se ganó ese dinero.

—Déjeme acabar. Pero ninguna de esas casas sería segura. Creo que lo mejor sería que conservasen el nombre de Spia u otro cualquiera y se alojaran en algún sitio que nosotros les indicásemos.

—No tenemos miedo, míster...

—Collins. No, es posible que no tengan miedo, pero es porque no conocen a esa gente.

Y comprendiendo que más valía prevenir que restañar después las heridas, añadió:

—Anoche han matado a un agente federal y arrojado una granada en casa de una pobre muchacha inválida, porque el testimonio de ésta podía perjudicarles. No trato de aterrorizarlos, pero sí de que no tomen a broma este asunto.

—No estamos asustados, míster Collins.

Llegaron al Edificio Federal y penetraron en él por una de las entradas de emergencia. Collins los guió hasta el lugar en que estaba Valenti y los dejó solos después de decirles que deseaba hablar con ellos tan pronto como hubieran terminado la visita a su padre.

Volvió a su despacho. El

S. A. C.,

lo esperaba en él.

—Todo el bajo mundo está revuelto. La policía ha emprendido una serie de redadas, pese a que les dije que amenazasen con ellas solamente. Si ese Dorfmann coge miedo, puede escapar y entonces nos encontraríamos con las manos vacías.

—¿Ha confesado algo Beth?

—Nada. Está hablando con su abogado. La policía ha cerrado la casa, pero hay otras varias que le pertenecen aunque no estén a su nombre.

Collins encendió un cigarrillo.

—¿Qué tal la chica, Collins?

—Es una belleza, señor. Y parece valiente. El hermano también, aunque está bastante amargado. Por cierto que... ¿qué vamos a hacer con ellos? ¿Dónde podríamos esconderlos? Nos hemos comprometido a salvaguardarlos y tenemos que hacerlo.

—¿Dónde?... Tal vez si quisieran quedarse aquí...

—Esto no reúne condiciones, señor.

El

S. A. C.,

se cogió la barbilla con ambas manos.

—Tengo una pequeña casita en Nathan Hill. Mi esposa y yo la utilizamos cuando no queremos salir fuera los veranos, durante las vacaciones.

Collins esbozó una sonrisa.

—¿Le gustaría volar por lo alto si ese dinamitero asqueroso averigua dónde están los hijos de Valenti?

—¡Claro que no! Pero... es el último lugar en que pensarían, ¿no? Un hotel es muy peligroso. Las propiedades de Valenti mucho más. No, creo que ése sería el refugio ideal.

—Si algo le sucede a la casa podríamos cargar los gastos a la cuenta del Gobierno, señor.

—No quisiera que le ocurriese nada, pero...

La entrevista de los dos hijos con Valenti duró casi una hora. Cuando terminó fueron conducidos al despacho del S. A. C.

Los ojos de la muchacha estaban secos, pero ligeramente enrojecidos. Los del chico, irritados.

—Escuchen —dijo Collins—. El agente encargado del mando ha pensado que podrían ustedes alojarse en una pequeña casa que tiene en Nathan Hill. No queremos llevarlos a un hotel. Sería muy peligroso. A no ser que ustedes tengan decidido algo.

—No hemos pensado nada. Mi padre lo deja a cargo de ustedes. Pero quiero advertirles una cosa. Ni mi hermano ni yo tenemos miedo.

—Eso está muy bien —dijo el S. A. C.

—, pero nosotros tenemos la obligación de velar por ustedes. Mi casa podría servir. En ella estarían lo más seguros posible.

—De acuerdo —dijo ella.

—No les vamos a preguntar lo que han hablado con su padre —intervino Collins—. Pero... ¿les ha encargado alguna cosa?

—Nada. Está muy... aplanado.

—Lo comprendo. Permítame que les diga algo. Su padre no ha sido un modelo de ciudadano, pero este último gesto, si es cierto que lo ha hecho solamente por ustedes, le honra. Y a ustedes también.

—Gracias. No hemos venido a escuchar frases huecas —respondió el muchacho.

—¡Cállate! —ordenó su hermana—. Gracias, míster Collins. No, mi padre sólo nos ha encargado que nos cuidemos. Y nos ha suplicado en todos los tonos que volvamos a Europa. Dice que aquí corremos mucho peligro.

—Él lo sabe bien. Bueno, voy a conducirles a su nueva morada.

—No la estropearemos —sonrió ella—. ¿Podremos ver a mi

padre todos los días?

—Mientras ese asesino ante suelto, no es conveniente —dijo Collins—. Pero alguna vez sí podrá hacerlo. Como es lógico, con escolta. *Miss Valenti*, pondremos a una mujer policía con usted. No la molestará mucho. Pero lo consideramos necesario.

—Gracias.

—Yo mismo los llevaré.

El

S. A. C.,

le dio las señas y Collins pidió un coche. Salieron por la misma puerta que habían entrado. Una corpulenta y competente mujer policía iba con ellos y los seguía otro coche con agentes.

Nathan Hill está situado al oeste de la ciudad, cerca de las estribaciones de los Montes Blancos. Muchas casitas, rodeadas de jardines, ocupaban la colina. La del

S. A. C.,

estaba situada en una de las partes más altas y desde ella se divisaba un hermoso panorama. La casa era pequeña pero confortable.

La mujer policía encendió fuego en el salón, mientras Collins distribuía a los agentes en lugares estratégicos, lo más discretamente posible. La casa sólo tenía una entrada y había una cochera para el automóvil.

—Desde aquella casa pueden instalar su puesto de observación —dijo Collins señalando una especie de torre, con un palomar en lo alto—. Con un par de prismáticos pueden tener bajo vigilancia la casa constantemente. Les enviaré un rifle de largo alcance. Toda aquella persona que se aproxime a la casa deberá estar bajo el punto de mira del rifle. En la curva de la carretera estará un coche continuamente. Algo que no despierte sospechas.

—¿Qué tal un coche con aspecto de abandonado? —preguntó uno de los agentes—. He visto varios en los descampados. Hasta que la grúa municipal los retira pasan a veces dos o tres días.

—Me parece bien. Les enviaré una rural cerrada en la parte atrás para que los agentes puedan estar escondidos en ella. Unos cuantos golpes le darán el aspecto de deteriorada que nos conviene. Lo haré inmediatamente. Y dispondremos que le instalen una antena pequeña para la radio.

Cuando todo estuvo preparado y cursadas las órdenes para que les enviasen los rifles y la furgoneta, volvió a la casa. La joven se calentaba las manos pensativamente al fuego.

Collins se acercó a ella.

—Estarán bien protegidos, aunque espero que no haya necesidad de que sea por mucho tiempo —dijo sonriendo.

Ella se volvió hacia el agente sus ojos grises.

—Gracias, míster Collins. ¿Dijo usted que habían empleado una bomba para librarse de un testigo molesto?

—Sí. Eso hicieron. Una muchacha de su edad, aproximadamente. Una pobre enferma.

—Míster Collins... ¿mi padre hizo algunas cosas de ésas anteriormente?

—No tenemos noticias de que emplease esos medios, pero... No quiero hablar de ello. Prefiero que sea él quién se lo diga a ustedes.

—Mi hermano no volverá a ser el mismo después de todo esto, míster Collins. Está muy afectado y yo también. Pero afortunadamente, yo tengo mi pintura.

—Me gustaría ver alguna.

—No las he traído conmigo. Estaba a punto de exponer en Roma cuando recibimos la noticia. Supongo que habré de esperar algún tiempo.

—Lo siento.

Collins le alargó la mano.

—Tengo que marcharme. Tal vez pase a verles a la noche. Quiero ver si las cosas siguen bien o algo se ha torcido. Espero que no. No abran la puerta a nadie. La mujer policía mis...

—Lake —dijo ella.

—*Miss* Lake se encargará de abrir. Pero como nadie sabe dónde están, no deben recibir visita alguna. *Miss* Lake tiene una pequeña emisora con la cual estará en contacto continuo con nosotros. Si algo ocurriese no tiene más que dar la voz de alarma, y los agentes de afuera acudirán. Como ven, hemos tomado todas las precauciones posibles.

—Le repito las gracias.

Collins le estrechó la mano y la retuvo un momento más de lo preciso.

—Es usted muy valiente —dijo.

Ella no respondió. Le estaba mirando fijamente.

—¿Me ocurre algo? —preguntó Collins.

—Su cara... Un momento.

Fue hacia su cuarto y volvió al cabo de un momento con un cuaderno de espesas hojas y un lápiz.

—¿Tiene mucha prisa? ¿Puede esperar un momento?

—Pues... creo que sí. ¿Qué va a hacer?

—Un apunte de su cara.

—¿La encuentra atractiva?

—Interesante nada más. Desde el punto de vista artístico.

—Oh, lo ignoraba.

Ella estaba dibujando con trazos fáciles y seguros. Cuando acabó se lo mostró.

—¿Así soy yo visto por una pintora? Hubiera jurado que mi nariz era más clásica.

—Está un poco torcida. Y tiene usted un ojo más pequeño que otro.

—¡Diablos, no me haga perder la confianza en mí mismo! Puedo llenarme de complejos.

—Pero el conjunto resulta... interesante.

—¿Podría... podría quedármelo?

—No.

—Puedo pagarlo.

—No se trata de eso. Pero no me desprendo de las cosas que hago más que de las que vendo en las exposiciones.

—¿No podría hacer un trato de favor?

—Vuelva a la noche y hablaremos de ello.

—Gracias.

Collins salió. Cuando subió a su automóvil, notaba una cosa extraña en la boca del estómago. Había conocido a muchas mujeres, pero como aquélla, ninguna. Y era hermosa, vaya si lo era.

Estuvo a punto de rozar a un coche que venía en dirección contraria. Parecía como si el recuerdo de los ojos de la mujer lo hubiera deslumbrado.

Era ya mediodía. Se detuvo en un bar a comer un bocado. Unos emparedados de jamón y lechuga, un par de vasos de leche...

Aquellos ojos...

Frunció las cejas. Y pensar que un maldito asesino andaba

suelto, y buscando probablemente la manera de acabar con aquellos ojos y aquel cuerpo perfecto...

Dorfmann...

Si fuese verdad que lo habían traído a la ciudad... Quizá estaba escondido en cualquier parte. Podía estar a su mismo lado, en este bar. Puede que hubiesen llegado ya las descripciones de él.

Volvió al Edificio Federal. Efectivamente, habían llegado. La fotografía, enviada por radio, apenas decía nada. Una cara absolutamente impersonal, una de esas caras que se olvidan tan pronto como se han visto, y que solamente aquellas personas que la ven constantemente pueden recordar.

El

S. A. C.,

y él la examinaron atentamente.

—Hay que hacer copias para repartirlas por todas partes —dijo el superior—. Pero... si yo tuviese esta cara me costaría muy poco pasar inadvertido. Unos lentes con cristales oscuros, un par de bolas de chicle en las mejillas... Diablos, no podrían haber encontrado un tipo mejor para esta clase de suciedades.

—Y sin embargo, según un gran porcentaje de probabilidades, este tipo ha matado ya a tres personas y puede que quiera matar otras dos.

—¿Ha tomado todas las precauciones posibles, Collins?

—Sí, señor. Todas. Nadie podrá acercarse allí sin caer bajo la mirada de nuestros muchachos. Y he dejado allí a los mejores de que disponemos. Espero que sea suficiente.

—Muy seguro de sí mismo debía estar Beth cuando utilizó su propio coche para el asesinato de Martha Bocikal.

—Él no esperaba que las cosas se complicasen, señor. Su chofer tuvo miedo, después de haber hablado a su hermano, Valenti habló... No, no podía esperararlo.

—Beth es un tipo duro, pero Hirsch lo es más. Al menos ésa es la impresión que yo he sacado.

—También yo. Vamos a presionarlo. Al fin y al cabo, el coche era suyo.

—Pero, a pesar de su evidente nerviosismo, se mantenía firme aún. Después de repetirle que comparecería ante un tribunal, Collins lo dejó. A las seis de la tarde, se encaminó, solo, al *Mexican*.

No le costó trabajo llegar hasta «Long» Stec. El dueño del club lo recibió en su enorme despacho.

—¿Hay noticias, agente?

—Algunas —respondió Collins. Se dejó caer en una silla—. Stec —dijo—. Han sucedido algunas cosas.

—Que no tiene nada que ver con Billy Lincoln y conmigo, espero.

—Posiblemente. Pero, Stec, una de las cosas que han sucedido es que ha muerto un agente federal.

—Lo siento. Esas cosas no son buenas. De veras que lo lamento.

—También nosotros. Y no solamente lo lamentamos, sino que nos irritamos. Cuando un hombre que está cumpliendo con su deber es asesinado sin darle siquiera tiempo a defenderse, sus compañeros nos sentimos llenos de odio.

—Lo siento, repito. ¿Hay algo que pueda yo hacer?

—Sí.

—Espere un poco. ¿Quiere beber algo?

—Deme un *whisky*.

Cuando lo tuvo en la mano, con el hielo tintineando en el interior, miró a «Long».

—Cuando le decía que estas cosas nos irritan, podía haber añadido algo más. Simplemente, que comenzamos a registrarlo todo. Y hay a quien no le gusta que *rebusquen* en lo que considera su medio de vida. No, no les agrada. Y entonces, alguien puede hablar. Un simple telefonazo a la comisaría de policía más próxima, y allí están los agentes de la Metropolitana y estamos nosotros.

—¿Qué es lo que quiere darme a entender, míster Collins?

—Simplemente esto. Usted ya sabe que Valenti ha hablado.

—¿Valenti? ¿Hablado?

—Sí. Hay alguien que pagó un «contrato» de asesinato para acabar con Valenti.

—¿Sí? No sé de qué me está usted hablando.

—¿Sabía que tenemos detenidos a Hirsch y a Beth?

—No.

—¿Y a Woll?

—No, desde luego.

Estaba disimulando. Collins lo veía perfectamente en sus ojos. Estaba mintiendo.

—Es extraño. Suponía que usted lo sabía ya.

—No.

—Están todos ellos detenidos. Solamente nos faltan algunos eslabones para poder acusarlos en bloque y limpiar la ciudad. ¿Usted ha tratado mucho a Hirsch?

—No.

—¿Y a Beth?

—Tampoco.

—No me irá a decir que no los conoce.

—Los conozco... De vista.

—Ya.

Bebió parte del *whisky*. Reclinado en el sillón, parecía un enorme gatazo.

—Stec. Es usted el último que falta.

—No sé qué quiere decir, pero si desea que haga llamar a un abogado, no tiene más que seguir hablando.

—¿Para qué un abogado?

—Usted está a punto de implicarme en algo que no me gusta. Y esas cosas prefiero hablarlas ante los abogados.

—Como quiera.

Collins se puso en pie.

—Más tarde o más temprano, uno de esos tipos hablará. Además, «Greyhound» Charles está en la cárcel.

—No sé de quién me está hablando.

—¿No?

—No lo sé. No conozco a nadie que se llame así.

—Se trata de un pistolero que alguien hizo venir aquí.

—¿Me está acusando?

—No, desde luego. Sólo le digo que lo que viniera a hacer ese pistolero ya no podrá llevarlo a cabo. Simplemente, si se le llamó para acabar con Valenti, no podrá efectuarlo. Por ese lado estamos tranquilos.

Stec se encogió de hombros.

—Debo reconocer que me parece que ninguno de los dos sabemos dónde va usted a parar.

—Como quiera. Bien, yo sólo quería charlar un rato con usted. Advertirle, mejor dicho.

—¿De qué?

—Saque las conclusiones que quiera.

Salió del club. Cuando llegó a su despacho, recibió el informe de que ya habían sido repartidas cientos de fotografías de Dorfmann por todos aquellos lugares en que alguien podría verlo.

—Si hay suerte, en este momento, Stec piensa que al tener a Charles en la cárcel estamos más tranquilos, señor —dijo—. Eso si hay un poco de suerte. Por otra parte, confío en que como miembro del Sindicato, Stec esté obligado a llevar a cabo hasta el final el «contrato» de asesinato contra Valenti o al menos el castigo contra sus parientes.

—En otras palabras —dijo el
S. A. C.

—, usted está tendiendo una especie de trampa con los hijos de Valenti.

—En otras palabras: sí.

—Espero que salga bien. Porque tan pronto como podamos cazar a ese tipo, estoy seguro de que todos los que ahora estamos reteniendo aquí un poco en contra de la ley...

Se detuvo.

—Un poco *bastante* contra la ley, hablarán y habremos suprimido al Sindicato de esta ciudad. Diablos, Collins, seríamos los primeros en haberlo hecho. Eso bien vale la pena hasta... hasta de haber perdido a uno de nuestros agentes.

—Pienso lo mismo, señor. Y... hay otra cosa. ¿Sabe lo que pienso? Que ese Dorfmann está a seguro en algún sitio. Por ejemplo, en alguno de los lugares que posee Stec.

—¿Piensa hacer una redada?

—No podríamos, señor. Prefiero, por otra parte, dejarle que salga él a la luz. Lo hará, tarde o temprano. Con esta fotografía suya en nuestro poder no podrá salir de la ciudad si vigilamos bien las carreteras, ferrocarril y aeródromos.

—Valenti no ha hecho más que preguntar si tenemos bien vigilados a sus hijos.

—Puede usted tranquilizarlo, señor.

—¿Qué va usted a hacer, Collins?

—Esta noche voy a permanecer de vigilancia en su casa, señor.

—Pero... lleva usted dos noches sin dormir apenas.

—No sé por qué, señor, me parece que huelo el final. Estaré en

su casa de Nathan Hill.

—¿Sabe una cosa? Si no fuera porque la casa ya debe estar abarrotada, me gustaría hacerlo también.

—No se preocupe, señor. Creo que nosotros bastaremos. Le cuidaremos la casa.

Salió del despacho.

NUEVE

Era noche cerrada cuando llegó a Nathan Hill. Otra vez nevaba. Y espesamente.

Recorrió los puestos. Sobre la torre, los dos agentes vigilaban, con sus rifles dispuestos. Habían sido provistos de chalecos eléctricos para evitar que se helasen. La luz que iluminaba la entrada de la casa del

S. A. C.,

les permitiría ver si alguien intentaba acercarse.

En la furgoneta rural, otros tres agentes esperaban, con la radio abierta, para oír la primera señal de llamada de *miss* Lake.

Hizo que comunicasen con el agente femenino y le anunció que iba a entrar en la casa.

Abandonó la furgoneta y fue hasta la casa. Le abrió la puerta *miss* Lake.

—Buenas noches, míster Collins. Sin novedad.

—¿Se han acostado?

—El muchacho, sí. La señorita Valenti, no. Está en el salón.

—Gracias.

—Ah, míster Collins. ¿Viene por su retrato?

—No.

Acercó las manos al fuego que ardía en la chimenea.

—¿Por qué no se va a la cama? Debe usted estar cansada.

—¿Tan pronto? Nunca me acuesto antes de las doce o la una.

—¿Trabajando?

—Sí.

—Creí que los pintores necesitaban la luz del día para hacerlo.

—No siempre es necesaria. Míster Collins...

—¿Sí?

—¿Han sentido ustedes mucho la muerte de ese agente?

—Sí.

El tono de Collins era seco.

—Esas cosas son siempre lamentables. Cumplía con su deber, pero... fue asesinado de una manera salvaje e injustificada. Y tanto como he sentido su muerte he lamentado la de la pobre *mistress* Callamy. A usted le hubiera gustado conocerla.

—Es posible.

La muchacha tenía sobre su falda un cuaderno de dibujo. Collins le echó una ojeada.

—Ah, *miss* Lake. Es curioso, siempre reconocemos a los demás mejor que a nosotros mismos...

Se detuvo.

—¿Qué es eso?

Su dedo índice señalaba uno de los dibujos.

—¿Eso? El vecino de la casa de atrás.

—¿El vecino...?

Collins le cogió el cuaderno.

—¿Qué le ocurre, *míster* Collins?

El agente principal estaba estudiando el cuaderno. Un hombre, con una escoba para quitar la nieve, estaba dibujado en una de las esquinas del cuaderno.

—¿Cómo lo vio?

—Por la ventana del dormitorio.

—¿Cuándo?

—A mediodía.

El hombre llevaba lentes de gruesa montura, y vestía un *overall* por encima de sus ropas.

—*Miss* Valenti, ha pintado usted magistralmente a *miss* Lake.

—*Míster* Collins, no intente engañarme. Usted estaba mirando al individuo de la casa de atrás.

—¿Yo?

Al ver aquellas claras y serenas pupilas clavadas en las suyas, tuvo un súbito impulso. Llevó la mano al bolsillo y sacó una fotografía.

—¿Quiere dibujarle a esta cara un par de lentes como los que pintó al vecino ése?

Maddalena bajó la mirada para mirar la fotografía. Entornó los ojos.

—¿Es necesario?

—Sí, mucho.

—No lo creo. Míster Collins, tengo muy buena vista, y le voy a decir que me parece que es el mismo, pero para que no queden dudas...

Dibujó rápidamente unos lentes gruesos en torno a los ojos de la fotografía.

—¿Lo ve? Le digo que es el mismo. ¿Quién es? ¿Acaso...?

Collins no la escuchaba. Se había precipitado hacia la habitación de *miss* Lake.

—Agente —dijo—. Traiga la emisora portátil.

La aludida se la tendió. No era mayor que un paquete de cigarrillos.

—Aquí, Collins —dijo.

—Aquí, Clarke, míster Collins.

—Clarke, va a usted a hacer inmediatamente lo que le ordeno. Envíe dos de sus hombres a la casa que hay detrás de ésta en que estoy yo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Que no se hagan visibles. Dígaselo bien claro. Que no se dejen ver, pero que vean si hay alguien en el jardín. Este mediodía el hombre al que buscamos ha estado allí, con un «mono» encima de las ropas, barriendo la nieve. Avisen inmediatamente a la Jefatura y que envíen más hombres. En este momento no sé si está en la casa o no. Sus hombres deben rodear la casa por delante y por detrás, pero que no entren. Sobre todo que no entren. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Corto.

Sacó la pistola de la funda sobaquera. Al volverse, vio que Maddalena estaba en la puerta.

—Míster Collins...

—Luego, por favor.

—Míster Collins, ¿es que han encontrado a...?

Collins se irguió.

—El hombre al que usted ha dibujado era el encargado de matar a su padre. Y ha estado en esa casa de ahí atrás este mediodía. Ignoro si sigue ahí aún o no. Pero ahora...

Salvajemente:

—¡Ahora lo conocemos! Y si sigue ahí, lo voy a cazar.

Se volvió hacia *miss* Lake.

—Avisé al muchacho. Colóquense todos junto a la puerta de salida, con ella abierta. Fíjese bien en lo que digo: con ella abierta. Si oyen un grito de ¡Alerta! o un disparo, salten al jardín y tiéndanse en la nieve. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor —dijo la mujer policía serenamente—. Esperar junto a la puerta abierta y si oímos su grito o un disparo, saltar al jardín y tendernos en el suelo.

—Exacto. ¿Están las luces de atrás apagadas?

—Sí.

—Voy a salir. Y cumplan lo que les he dicho. ¿Ha oído, Maddalena?

—Sí.

Collins se dirigió a la puerta y la abrió. Sabía que en ese momento estaba bajo el punto de mira de dos rifles de gran potencia. Recorrió el pequeño jardín, salió a la calle, en medio de la nevada y dio la vuelta al edificio.

La casa en cuestión estaba separada de la del S. A. C.,

por un camino enarenado cubierto ahora por la nieve. Las dos casas se daban la espalda una a otra, pero aquélla en que la joven había visto al hombre tenía un pequeño jardín detrás.

Collins llegó al seto que la separaba del camino y se agachó. No se oía ni se veía nada.

Saltó el seto, procurando no hacer ruido. Sus pies pisaron la nieve recién caída.

Guiándose por la nieve, ya que no había luz en aquella parte de la vivienda, llegó al muro. Lo tanteó, con las manos desnudas, sintiendo en ellas el mordisco del frío intenso.

¿Una ventana?

Del otro lado del seto, junto al camino, le llegó el ligero chirriar de unas pisadas. Los hombres de la furgoneta, sus agentes. Se mantuvo quieto un momento y luego siguió el muro. Dobló una esquina...

Había alguien. En alguna parte ante él, había alguien. Lo notaba. Un entrenamiento intenso se lo hacía sentir en los pelillos de la nuca.

La pistola.

Luego...

—¡Alerta!...

Al mismo tiempo que gritaba se tiró al suelo y comenzó a disparar. Algo cruzó por encima de él y chocó contra algo duro en la casa del

S. A. C.

—¡Alerta!

Volvió a gritarlo entre dos disparos y luego se lanzó hacia adelante ciegamente, como un toro.

Casi se quedó sordo cuando la onda explosiva lo alcanzó. Una llamarada brutal, chasquido de cristales que se parten y varias voces que se llamaban unas a otras.

Recibió un golpe en la cabeza, junto encima de la oreja, pero no soltó presa. Sus dedos habían agarrado algo, una tela, y dio un tirón.

Quería cogerlo vivo... si podía.

Los dos cuerpos chocaron y cayeron al suelo. El hombre era fuerte y resistía como un gato. Una rodilla chocó contra el abdomen de Collins, pero él también logró conectar un golpe contra algo blando.

Dos figuras aparecieron a su lado, pero ya había logrado coger a su enemigo por el cuello. Apretaba, apretaba salvajemente. Hasta su olfato llegó el aliento de su enemigo. Las caras estaban juntas.

Una linterna se encendió junto a sus ojos.

—Collins, estamos aquí.

Un choque sordo. Collins se puso en pie tambaleándose mientras otra linterna se encendía.

Y ante él estaba Dorfmann. Sus dos agentes lo sujetaban en el suelo.

—Aprisa vean si ha ocurrido algo en la casa.

Cogió a Dorfmann por el cuello y lo puso en pie.

Lo arrastró hasta el seto. No veía llamas. La casa era de ladrillo y no de madera, afortunadamente. La granada había estallado junto al muro en vez de entrar por una de las ventanas como quizá era la idea de Dorfmann. Su llegada lo había impedido.

—Tráigalo, Collins, no ha ocurrido nada. Están todos bien.

Otro agente llegaba corriendo.

—Coja a este tipo y llévelo al auto. Espóselo.

Corrió a la casa del

S. A. C.

En el jardín estaban, *miss* Lake, *miss* Valenti y su hermano, en pijama...

—Gracias a Dios —dijo Collins—. Gracias a Dios.

Cogió la mano de Maddalena.

—Lo hicieron, Jesucristo. Lo hicieron.

Miró la cara de Dorfmann cuando su agente lo llevaba hacia la furgoneta.

—Vas a tener que explicar muchas cosas, asesino —dijo.

En los suyos sintió palpar los dedos de la muchacha. Inconscientemente habían continuado con las manos juntas.

El

S. A. C.,

se reunió con él a la salida del Edificio del Tribunal.

—Dos penas de muerte, dos a cadena perpetua y otra de veinte años —dijo—. No está mal.

Se le quedó mirando atentamente.

—Collins, hemos limpiado la ciudad. Lo hemos logrado. El Sindicato no podrá volver a meter las patas aquí... espero que nunca.

—Y yo también, señor.

Respiró hondamente.

—Parece que el aire está más limpio, ¿verdad, señor? Ya no respiran en él ni Stec, ni Dorfmann, ni Woll, ni Hirsch, ni Beth, ni Lincoln... Sí, se respira mejor.

—Hemos hecho un buen trabajo, Collins. Lo único que siento es que tal vez tenga que despedirme de un buen agente principal. El puesto de

S. A. C.,

en otra delegación es un buen premio para usted.

—No lo sé. Aún no me lo han ofrecido.

—Lo harán. Estoy... casi seguro. ¿Qué va a hacer?

—Voy a ver a dos mujeres, señor.

—¿*Dos*, Collins?

—Sí, señor. Debo un reportaje a una.

—¿Y qué diablos le debe a la otra?

—Nada. Pero me gustaría que ella considerase que me debe algo a mí.

—¿Miss Valenti?

—Sí, señor.

—Collins, es la hija de un maleante que acaba de ser condenado a diez años de cárcel.

—Es una pintora que... Bueno, señor, supongo que en Washington no tendrán inconveniente alguno en que yo...

—¿En qué le haga usted el amor?

—En que le pida que se case conmigo, señor.

—¿Lo piensa hacer?

—Si veo la menor posibilidad de ser aceptado, sí, señor.

El

S. A. C.,

le estrechó la mano.

—Suerte, muchacho. Doy por bien empleados los desperfectos en mi casa. Afortunadamente no fueron muchos.

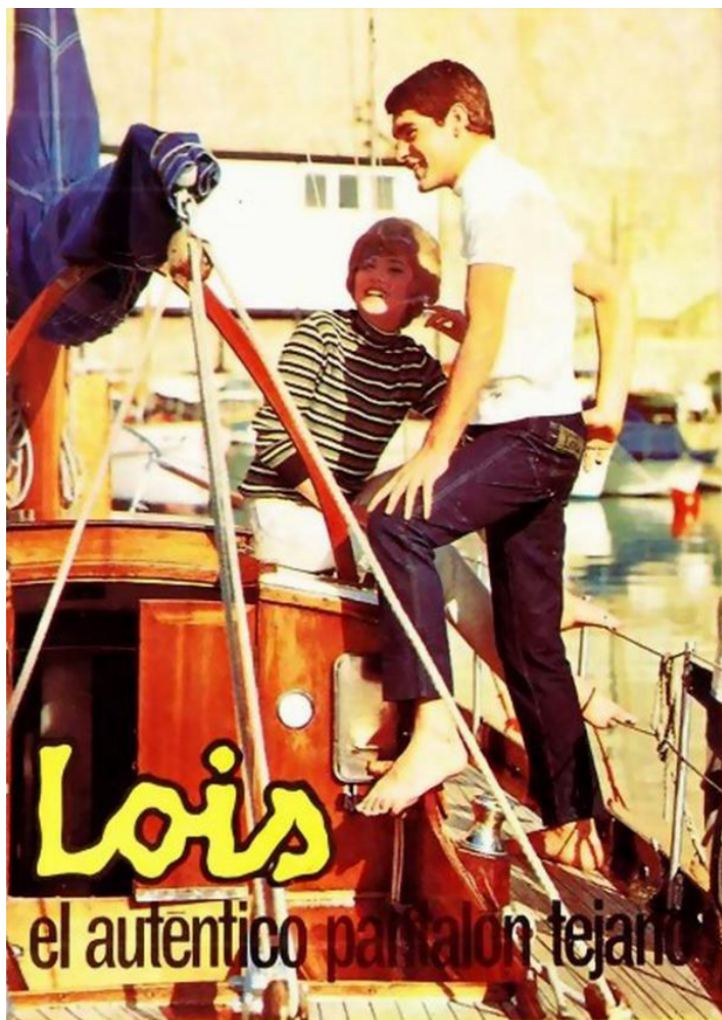
—¿No los ha cargado a cuenta del Gobierno, señor?

—No, Collins. Le acabo de decir que los doy por bien empleados. Y, sonriendo, se alejó.

Y Collins se dirigió hacia *Delmonico*, donde lo esperaban dos mujeres. Era precisamente ese detalle el que le tenía un poco nervioso. Dos mujeres... Al cabo de poco tiempo tendría que librarse de una de ellas.

Y sabía perfectamente de cuál había de ser.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

NOTAS

[1] «Torpedo», pistolero. (N. del E.). < <